

Estudio en honor de
Yolando Pino Saavedra
AUCH, 5ª serie. N° 17 (1989): 379-440

LUGARES Y LUGAREÑOS
EN LA LITERATURA NARRATIVA
DE PÍO BAROJA

Dr. GERMÁN SEPÚLVEDA*

PROPÓSITO

El propósito de este ensayo consiste en llevar a cabo una relectura comentada de textos narrativos de Pío Baroja. Sea relectura comentada o, a veces, análisis y explicación de textos, la finalidad de este trabajo tiende a repasar páginas de un par de temas comunes que permitan apreciar en concreto la técnica de composición y los rasgos de estilo del mencionado escritor. Por ello el título de las presentes líneas es *Lugares y lugareños en la literatura narrativa de Pío Baroja*. Pues, en un caso se tratará de descripciones de paisajes o de acciones humanas y en otros de retratos o semblanzas de personas. Por la vía de la mostración de ejemplos pretendemos demostrar la singularidad y excelencia de Pío Baroja en los dos aspectos ya indicados.

RESPECTO DE SÍ MISMO Y SU MODO
DE ESCRIBIR

Sobre la vida y los libros de Baroja abundan las publicaciones biográficas y analíticas de diferentes calidades. Más sabor y gracia tiene acudir a referencias autobiográficas que lo pintan muy expresivamente para esta ocasión.

El año 1918, cuando el autor era ya un nombre literario destacado, la editorial Calleja le solicitó una selección, con prólogo y notas propios, de sus libros. La que publicó con el epígrafe de *Páginas escogidas*.

*Profesor jubilado de la Universidad de Santiago de Chile.

Respecto de sí mismo, Pío Baroja declara:

“Yo he dicho que soy un vasco lombardo, un hombre pirenaico con un injerto alpino. Como temperamento individual me he pintado a mí mismo dionisiaco, violento, antitradicionalista, entusiasta de la acción y del porvenir. Me he llamado también, cariñosamente, pajarraco del individualismo, anarquista y romántico, y he dicho que en mi juventud era bruto y visionario.

Los demás me han definido a su modo, no tan amablemente como yo. Es natural. Soy un mico erótico, según un crítico del *Diario de Barcelona*; un grosero buey vasco, según un periodista cubano; un ateo, un borracho, un plagiaro y un jumento, según un periódico carlista. De estas flores han caído bastantes en mi jardín.

Pompeyo Gener dijo que yo era un ogro finés injerto en godo degenerado. Luego explicó que no había escrito ogro finés sino ogro-finés. Me es igual”.

En lo concerniente a apreciaciones de su labor intelectual expresa, subrayando sus preferencias de lector:

“Yo creo que soy un escritor incompleto, quizá de no gran importancia, pero bastante original. Algunos no han creído lo mismo y me han señalado al buen tun tun a quienes he imitado. Mis escritores favoritos han sido Dickens, Poe, Balzac, Stendhal, Dostoiewski, Turguenev.

De los filósofos que más me atraen son Schopenhauer y Nietzsche. Como escritor no he tenido yo grandes éxitos en el gran público ni hecho mucho ruido; no he trabajado nunca el artículo de mis libros y he dejado que avancen, si pueden, ellos solos”.

BAROJA Y SU GENERACIÓN LITERARIA

El año 1924 Pío Baroja fue invitado a leer una conferencia en la cátedra de español de la Universidad de la Sorbona. Sus cuartillas aparecieron primeramente en un número de la *Revista de Occidente* de aquel mismo año y luego en el volumen barojiano intitulado *Divagaciones apasionadas*, de igual fecha. El texto de la conferencia sorbonense se denomina *Divagaciones de autocrítica* y uno de sus encabezamientos se llama *La supuesta generación de 1898*, donde el escritor donostiarra dice:

“Quizá alguno de vosotros, como estudiante de literatura española, habréis leído que en la época actual hay en España una generación de escritores, la generación de 1898, y que yo pertenezco a ella (...).

Yo no creo que haya habido, ni que haya, una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella.

En 1898 yo no había publicado apenas nada, ni era conocido, ni tenía el

más pequeño nombre. Mi primer libro, *Vidas sombrías*, apareció en 1900.

No me ha parecido nunca uno de los aciertos de "Azorín", el bautizador y casi el inventor de esa generación, el de asociar los nombres de unos cuantos escritores a una fecha de derrota del país, en la cual ellos no tuvieron la menor parte.

Con 1898, la época del desastre nacional, yo no me encuentro tener relación alguna".

No únicamente en esta oportunidad, sino en muchas otras, Pío Baroja niega existencia a la generación literaria en la que él es considerado figura descollante. Pero los estudiosos de elevada autoridad en el conocimiento de las bellas letras peninsulares, demuestran y aceptan esa existencia generacional con buenas razones de principio y de hecho.

El año 1946 las ediciones de la Universidad de Chile ofrecieron al público lector el libro *La generación de 1898 en España. Ensayo de determinación de su esencia*, que en 1934 produjera en lengua alemana Hans Jeschke y que, doce años más tarde, tradujera, prologara y anotara de su mano el Dr. Yolando Pino Saavedra.

La introducción de este traductor empieza diciendo:

"El problema de la generación literaria de 1898 en España ha suscitado gran número de comentarios y críticas. Desde que Gabriel Maura se refiriera de paso a esta generación, tanto por escrito como de viva voz, y Azorín publicara sus célebres artículos sobre *La generación de 1898*, no menos de treinta escritores, críticos e historiadores de la literatura han expresado su opinión en torno de este importantísimo movimiento de la vida literaria española. Casi todos ellos aceptan la existencia de esta generación, los más incluso admitiendo el año 1898 como jalón justo y decisivo. Sólo Pío Baroja y Ramiro de Maeztu la han rechazado".

El capítulo de Hans Jeschke que define el concepto de generación de 1898 y fija el número de sus componentes, afirma:

"Por 'generación de 1898' quisiera comprender, consecuentemente y según la medida de su importancia espiritual y literaria, a aquellos escritores cuyo ser y obras alcanzaron su expresión decisiva mediante el espíritu que produjeron los acontecimientos políticos de 1898 en España.

Con exclusión de los precursores: Unamuno, Ganivet y Rubén Darío; de las celebridades del instante: Maeztu, Manuel Machado y Bueno; de los simpatizantes: Villa Espesa, Marquina, Martínez Sierra, entre otros; del gran coro de los Alejandro Sawa, Ricardo Baroja, Camilo Bargiela, Luis Bello, Gómez Carrillo, etc., pertenecen, en mi opinión, a la generación de 1898 sólo: el dramaturgo Benavente, los prosistas Valle-Inclán, Baroja, Azorín y el poeta lírico Antonio Machado".

No puede negarse que el escepticismo ante la tradición, el descontento

con la realidad española, el menosprecio de la política y el pesimismo respecto del porvenir de España, son factores ambientales que, indicados por Jeschke, comparte Pío Baroja en grado eminente con sus contertulios generacionales. Además, comparte con ellos la tendencia a describir el paisaje de Castilla, a valorar a los antiguos pintores de España, en especial al Greco, a interesarse por la literatura europea, a rehuir la retórica academicista y a forjarse una frase rápida, transparente y expresiva de claro impresionismo, al tenor de las tendencias innovadoras que examina con latitud el libro de Hans Jeschke. El hecho sustancial es que la atmósfera política, por rechazo, y el clima intelectual, por aceptación de sus novedades, impregnan de manera intensa el sistema intuicional, emocional y verbal del arte literario de Pío Baroja, sin que queden dudas de que es el alférez real de los escritores de la generación de 1898.

PANORAMA LITERARIO DE PÍO BAROJA

Pío Baroja, el narrador más eminente de la mencionada generación y el novelista más calificado de las letras hispanas del siglo xx, nació en San Sebastián el 28 de diciembre de 1872 y murió en Madrid el 30 de octubre de 1956. También escribió cuentos, ensayos y biografías entreverados con su copiosa producción novelesca de asuntos y escenarios peninsulares y europeos.

Por lo menos una media docena de obras de ensayos muestran su amplia curiosidad intelectual, su penetrante espíritu crítico y su sólida formación cultural. Por vía ilustrativa, en dicho género procede citar *Las horas solitarias* (1918); *La caverna del humorismo* (1919); *Vitrina pintoresca* (1935); *Rapsodias* (1936); *Chopin y Jorge Sand* (1939) y *Pequeños ensayos* (1943).

Entre las novelas de tema europeo que publicó Pío Baroja destacan *La ciudad de la niebla* (1909), tocante a Londres; *César o nada* (1910), concierne a Roma; *El laberinto de las sirenas* (1923), referente a Marsella; *El gran torbellino del mundo* (1927), consignada a Holanda y países nórdicos. Acerca de París abundan los textos barojianos, baste citar de la última época *Susana* (1937) y *Laura* (1939). Los personajes principales de tales novelas, por lo común españoles de tomo y lomo, en algún momento recuerdan su vida en España o regresan a la Península Ibérica. A veces, parte de esas obras de ambiente europeo transcurre en la patria del escritor.

Las narraciones de asunto español o casi sólo español constituyen la mayoría de la producción literaria de Pío Baroja. Para el caso presente, sirvan de modelos las nueve obras de que se hará caudal, menor o mayor,

en este ensayo relativo a lugares y lugareños de España: *El escuadrón del Brigante* (1913); *Con la pluma y con el sable* (1915); *Las figuras de cera* (1924); *La nave de los locos* (1925); *Las mascaradas sangrientas* (1928); *Zalacaín el aventurero* (1909) —ubicada aquí por la cronología de su desarrollo: hacia 1870—; *La familia de Errotacho*, *El cabo de las tormentas* y *Los visionarios*, las tres editadas en 1932, como pertenecientes a la trilogía *La selva oscura*.

Las primeras cinco novelas de esta enumeración corresponden al ciclo de veintitrés de ellas, llamadas por su autor *Memorias de un hombre de acción*, ciclo comenzado en 1913 con *El aprendiz de conspirador* y finalizado en 1935 con *Desde el principio hasta el fin*. La sexta novela —*Zalacaín*— pertenece, juntamente con *La casa de Aizgorri* (1900) y *El mayorazgo de Labraz* (1903), a la trilogía *Tierra vasca*. Si, formando una tetralogía de parentesco geográfico, cabe agregar *La leyenda de Jaun de Alzate* (1922) —No Juan sino *Jaun*: señor y amo—, que es una auténtica obra maestra de evocación y dramatización del alma vasca. Muy unidas al ciclo *Memoria de un hombre de acción* están las biografías de Pío Baroja inscritas bajo el título de *Aviraneta o la vida de un conspirador* (1931) y *Juan Van Halen, el oficial aventurero* (1933).

Por sabido se calla que en el curso de este trabajo, las acepciones de los vocablos “lugar” y “lugareño” se emplean adrede con mucha elasticidad, bien a tono con la condición de los tiempos y la naturaleza de las gentes historiadas por Pío Baroja, enemigo acérrimo de rígidas solemnidades con relación al uso de la lengua castellana.

a) *El Escuadrón del Brigante*

Esta obra, admirable gesta popular entre las “Memorias” aviranetianas de Baroja, constituye un volumen de siete libros cuyos respectivos titulares son “Nuestra salida de Irún”, “Los guerrilleros”, “Del año 9 al año 10”, “La emboscada de Hontoria”, “Nuevas empresas”, “Noticias del mundo” y “A salto de mata”, dedicados a contar y describir la actividad de las partidas o guerrillas españolas contra fuerzas aisladas de los ejércitos napoleónicos que, ingresados con engaño a territorio peninsular, lo ocuparon desde 1808 a 1814. Dicho con más circunstanciada precisión, *El escuadrón del Brigante* (1913) narra el concierto de paisanos, clérigos y aldeanos de las más diversas clases sociales de España, a título personal y subrepticio, para proveer y ofrecer recursos humanos, materiales e intelectuales a las partidas armadas o guerrillas que, mientras se preparaban los ejércitos regulares, empezaron la lucha por liberar a su país de la ocupación de generales y soldados franceses. Por otro lado, narra también el comportamiento poco gallardo de reyes, nobles y personas de

autoridad gubernativa ante la invasión de su patria. Aquello y esto sin mucho lloriqueo, pero sí con todo el severo dramatismo de una situación nacional compleja y dolorosa para la convivencia hispana.

De cura a guerrillero

Unos jefes de partidas de aquella época fueron el cura Merino, el Empeinado y don Julián Sánchez. Al cura lo presenta Pío Baroja en estos términos, págs. 48-49 de la novela:

“Jerónimo Merino había nacido en Villoviado, pueblo del partido de Lerma, en la provincia de Burgos.

A los siete años Jerónimo era pastor. A pesar de ser cerril, y quizá por esto, le hicieron estudiar para cura, y con grandes esfuerzos y la protección del párroco de Covarrubias, le ordenaron y le enviaron a Villoviado.

Este clérigo de misa y olla no sabía ni una palabra de latín, ni maldita la falta que le hacía; pero, en cambio, con una escopeta y un perro era un prodigio.

La invasión francesa decidió el porvenir de Jerónimo, el ex pastor, que, de cura de escopeta y perro, llegó a ser brigadier de verdad.

Un día de enero de 1808 descansó en Villoviado una compañía de cazadores franceses.

Querían seguir por la mañana su marcha a Lerma, y el jefe pidió al Ayuntamiento bagajes, y como no se pudiera reunir el número de caballerías necesario, al impío francés no se le ocurrió otra cosa que decomisar a los vecinos del pueblo como acémilas, sin excluir al cura.

Para mayor escarnio, lo cargaron a Merino con el bombo, los platillos, un cornetín y dos o tres tambores.

Al llegar a la plaza de Lerma, Merino tiró todos los instrumentos al suelo y, con los dedos en cruz, dijo:

—¡Os juro por ésta que me la habéis de pagar!

Un sargento que le oyó, le agarró de una oreja y, a culatazos y punta-piés, le echaron de allí.

Merino iba ardiendo, indignado.

¡A él! ¡A un ministro del Señor hacerle cargar con el bombo!

Merino, furioso, se fue al mesón de la Quintanilla, se quitó los hábitos, cogió una escopeta y se emboscó en los pinares. Al primer francés que pasó, ¡paf!, abajo.

Por la noche entró en Villoviado y llamó a un mozo acompañante suyo en las excursiones de caza.

Le dio una escopeta y fueron los dos al pinar.

Cuando pasaban los franceses, el cura le decía al mozo:

—Apunta a los que veas más majos, que yo haré lo mismo.

Los dos se pusieron a matar franceses como un gato caza ratones. Cada tiro costaba la vida de un soldado imperial.

La espesura de los matorrales y el conocimiento del terreno en todas sus sendas y vericuetos les aseguraba la impunidad.

Poco después se unió a la pareja el sobrino del cura, y esta trinidad continuó en su evangélica tarea de ir echando franceses al otro mundo.

Semanas más tarde, el cura contaba con una partida de veinte hombres que le ayudó a armar el Empecinado.

Todos ellos eran serranos de los contornos, conocían a palmos los pinares de Quintanar, no se aventuraban a salir de ellos, y atacaban a los destacamentos franceses de escaso número de soldados, preparándoles emboscadas en los caminos y desfiladeros”.

Los dos primeros párrafos de esta reproducción del subtítulo “Noticias de Merino” de la novela *El escuadrón del Brigante*, proporcionan el nombre, la ocupación, el carácter, el estudio, la protección, la ordenación y el destino del personaje. El tercero, alude a su ignorancia del latín, compensada con el hecho de ser un prodigioso cazador. El cuarto, a partir de esta aptitud especial, expone el cambio de vida que trajo al cura Merino la invasión francesa a España. Del quinto al décimo párrafo vienen el año 1808, la compañía de cazadores, la falta de caballerías para trasladar los bagajes de Villoviado a Lerma, el decomiso de los vecinos para ello, el escarnio al cura, el juramento de venganza de éste, seguido de los malos tratos a su persona y su expulsión de la plaza de Lerma. Son las condiciones previas a la ulterior actuación de Jerónimo Merino.

Los incisos undécimo y decimosegundo muestran la indignación por los golpes recibidos y por la ofensa al ministerio sacerdotal. Del decimotercero al decimoctavo, se comprenden el acudir al mesón, el quitarse los hábitos, el coger una escopeta, el irse a los pinares y el ponerse a matar franceses el enfurecido clérigo. Los decimonoveno a vigesimotercero resumen el retorno nocturno a Villoviado, la llamada al acompañante de cacerías, el darle una escopeta y el dedicarse ambos a apuntar al “francés más majo”, dejando sin vida un soldado por cada tiro y asilándose en la espesura y accidentes del terreno. El vigesimocuarto párrafo transforma al dúo en trío al agregar la colaboración del sobrino del cura a la ocupación mortífera. Hasta aquí, la conducta de Merino se desenvuelve en el plano de la venganza personal.

Los incisos vigesimoquinto y vigesimosexto dan nueva y más amplia dimensión a esa venganza. La cual toma la forma de una partida de veinte serranos que emboscan y atacan destacamentos galos de proporciones menores. También con la garantía de la protección de los pinares y los

accidentes de los montes. En suma, la lucha personal del cura Merino pasa a ser lucha nacional de partidas que entran a la que será guerra de la Independencia de 1808 a 1814, pero que en la narración de *El escuadrón del Brigante* se concentra en los años 1808 a 1810.

Al indicar los incisos o párrafos por su contenido y su cantidad ordinal, siguiendo un procedimiento puramente lógico, hemos querido que se advierta el contraste con la riqueza estética del texto de Pío Baroja. Procedimiento estético que enriquece su exposición con intuiciones, emociones y asociaciones múltiples de orden subjetivo y objetivo de gran calidad expresiva de intención y de estilo. Asimismo, hemos querido subrayar la abundancia minuciosa de detalles con que Baroja cuenta, describe o comenta, pero manteniendo la celeridad y la amenidad de lo esencial, de manera que nunca somete al lector al aburrimiento de los datos o notas carentes de significación importante.

Sus técnicas de llevar las cosas con amenidad son variadas e inesperadas. He aquí algunas:

1ª. Aserción de hecho: "A los siete años Jerónimo era pastor". Inmediata apostilla irónica: "A pesar de ser cerril, y quizá por esto, lo hicieron estudiar para cura".

2ª. Ubicación social despectiva: "Este clérigo de misa y olla". Equilibrada con una alabanza: "Con una escopeta y un perro era un prodigio".

3ª. Visualización fisiognómica: "Merino iba ardiendo, indignado". Detección psicológica: "¡A él! ¡A un ministro del Señor hacerle cargar con el bombo!". Lo que toca a la ofensa a la dignidad de su persona y a la falta de respeto a la majestad de su cargo.

4ª. Acto rápido y de eficacia certera: "Al primer francés que pasó, ¡paf!, abajo".

5ª. Vistosidad del blanco y correlación con la jerarquía militar de la víctima: "—Apunta a los que veas más majos, que yo haré lo mismo".

6ª. Ironía por paralelismo de lo sagrado y lo profano: "Esta trinidad continuó su evangélica tarea de ir echando franceses al otro mundo".

Un poco más de detenimiento y atención en los matices expresivos de los vocablos conduciría a un rico análisis estilístico de la prosa barojiana. Sin embargo, esta tarea no pertenece a la intención del presente trabajo, cuyo tema son los comentarios a los textos de retratos o semblanzas de personas y las descripciones de lugares o pueblos de su literatura.

Merino en su marco

A menudo, las presentaciones de sus protagonistas regidos por determinadas circunstancias o relacionados con otros individuos, según es el caso

del propio Jerónimo Merino, también los singulariza Baroja con pinturas aisladas de sus héroes, como metiéndolos en un marco de obra artística. En el segundo libro de *El escuadrón del Brigante*, pág. 79, refiriéndose al cura que capitanea una partida de trescientos hombres, Pío Baroja escribe:

“Estaba entonces (Merino) en la plenitud de la vida, pues contaría cuarenta años; tenía sentidos muy finos y despiertos: veía a enormes distancias la hora del reloj del campanario de una iglesia; distinguía a lo lejos, por la forma del polvo, si llegaba caballería o infantería por una calzada; notaba el ruido más imperceptible y se daba cuenta de dónde venía.

Como jinete era una especialidad: hombre de poca carne y ligero, cansaba apenas a los caballos, subía, bajaba, corría por los precipicios como si fuese en llano. Al distinguírle desde lejos, daba la impresión de un caballero montado en un hipogrifo”.

Si se atiende al inciso inicial de esta cita y se repara en los giros idiomáticos encabezados por formas verbales, se sabe del cura que:

a) “Estaba en la plenitud de la vida”, la cual se traduce en b) “tenía sentidos muy finos y despiertos”. Lo que se manifiesta concretamente en dos percepciones visuales: c) “veía a enormes distancias” y “distinguía a lo lejos”, y en dos captaciones auditivas: d) “notaba el ruido más imperceptible” y “se daba cuenta de dónde provenía”; esto último implica un proceso de ubicación espacial. Todos estos pretéritos imperfectos de los respectivos verbos pertenecen al modo indicativo de la conjugación y llevan sentido afirmativo o asertivo de los atributos corporales de Merino. Existe un solo verbo en modo potencial: “contaría cuarenta años”, de intencionada imprecisión estilística para una edad de varón, y uno solo de partícula condicional: “si llegaba caballería o infantería”. Ambos verbos concierne a realidades independientes de la voluntad del cura: los años, los caballos y los soldados. Aquéllos transcurren inexorables respecto de cualquier ser humano; éstos pueden o no aparecer por una calzada, al tenor de la contingencia de los desplazamientos militares.

El párrafo final de este retrato de Merino se concentra en las habilidades de jinete del cura guerrillero. Porque en las destrezas que eso exige “era una especialidad”, vale decir jinete de máxima pericia en el manejo de su montura. Lo que se traduce en un resultado preciso: “cansaba apenas a los caballos” (después de que o a pesar de que) “subía, bajaba, corría por los precipicios” (con una seguridad, rapidez y levedad de) “como si fuese (subiendo, bajando, corriendo) en llano”. Los términos entre paréntesis son explicaciones subentendidas que el narrador se calla. La frase: “(era) hombre de poca carne y ligero” determina una de las

condiciones favorables a la cabalgadura y útil al afianzamiento de la destreza ejercitada “por los precipicios”.

La imagen sugerida al escribir: “Al distinguirle desde lejos (el jinete), daba la impresión de un caballero montado en un hipogrifo” corresponde a una explicación complementaria. Por un lado toca a la distancia: “desde lejos”, y por el otro a la mitología: “un hipogrifo”.

Juan Bustos, el Brigante

Por una violencia peor que la tenida con el cura de Villoviado, se emboscó e hizo guerrillero el personaje cuyo apodo da título a la novela *El escuadrón del Brigante*. En las págs. 64-65 de ella se lee:

“La historia del escuadrón se condensaba en la historia de su jefe, Juan Bustos. Juan había tenido, hasta echarse al monte, un ventorrillo en la calzada que va de Salas de los Infantes a Huerta del Rey.

Al llegar la invasión francesa, Juan Bustos comenzó a discutir y a disputar con los soldados imperiales que pasaban por su venta acerca de la cuestión candente de quién era el verdadero rey de España.

Poco a poco empezaron a motejarle de patriota, y como los franceses a todo el que se les manifestaba hostil le llamaban bandido, *brigand*, a Bustos le decían Brigand.

El pueblo, que coge todo en seguida, castellanizó la palabra: llamó a Bustos el Brigante, y a su casa, la venta o el ventorro del Brigante.

Un día en que no estaba él, entró en su casa un pelotón de franceses; mataron a su padre y violaron a su hermana.

Juan Bustos, al llegar a su hogar y ver aquel cuadro, el padre muerto y la hermana gimiendo, salió como un león a buscar a los franceses, arrancó a uno de ellos el fusil y, manejándolo como una maza, tendió a tres o cuatro; y luego, abriéndose paso por entre ellos, herido y lleno de sangre, se refugió en un pinar, donde se reunió con Merino”.

Si bien se mira, la presentación del personaje empieza por el final. O sea, por “la historia del escuadrón”. En cambio, la gesta del cura comienza: “Un día de enero de 1808 descansó en Villoviado una compañía de cazadores franceses”. Por lo de que aquella historia “se condensaba en la historia de su jefe”, tenemos que Juan Bustos, el Brigante, suscitaba el espíritu de cuerpo en su partida. Las adhesiones a Merino, cuenta Baroja, eran por temor o instinto de crueldad. La residencia de Bustos estaba junto a “la calzada que va de Salas de los Infantes a Huerta del Rey”. Salas queda frente a Lerma y unos cincuenta kilómetros al oriente de esta ciudad. A su vez, Lerma está a casi cuarenta kilómetros al sur de Burgos, por la carretera de Madrid. Huerta del Rey, partiendo de Salas de los

Infantes, avanza unos veinte kilómetros hacia occidente, aproximándose a la mencionada carretera.

En consecuencia, el ventorrillo o venta de Juan Bustos estaba en bien secundario lugar. Lo que sí se hallaba en primer plano “era la cuestión candente de quién era el verdadero rey de España”. Para los españoles, sin duda posible, Fernando VII, el secuestrado en Bayona; para los soldados imperiales, José Bonaparte, instalado por el emperador Napoleón en el trono de Madrid. He aquí la razón de las discusiones y las disputas de Juan Bustos, el Brigante, “al llegar la invasión francesa”. Por prepotencia dominadora de hombres de armas en servicio activo en territorio extranjero, el “brigand” aplicado a sus desafectos por los franceses, recayó el epíteto sobre Bustos. Sus clientes, vecinos o conocidos, por captación auditiva, sin claridad de su sentido ofensivo, llamaron a su compatriota y a su casa, la venta del Brigante.

La venganza inmediata de Juan Bustos tiene los siguientes pasos:

- a) La actitud del ofendido: “salió como un león”.
- b) La finalidad de su salida: “a buscar a los franceses”.
- c) La apropiación de un arma: “arrancó a uno de ellos el fusil”.
- d) El modo de utilizarla: “maneándola como una maza”.
- e) El efecto de su empleo: “tendió a tres o cuatro”.
- f) El abandono del terreno: “abriéndose paso por entre ellos”.
- g) El estado de su cuerpo: “herido y lleno de sangre”.
- h) El lugar escogido para ampararse: “se refugió en un pinar”.
- i) El ingreso a la partida: “se reunió con Merino”.

El descoyuntamiento lógico que hemos hecho del texto, no hace sino poner en evidencia la eficacia sintética y persuasiva de la redacción de Pío Baroja. Pues el secreto de toda auténtica creación literaria consiste en congregar y armonizar con sentido expresivo de intención esencializada aspectos múltiples de la realidad.

También Juan Bustos en un marco

El retrato individual correspondiente fluye de la pluma del presunto Domingo Garay, alias el Pisaverde, que viene a ser Aviraneta, por entonces ayudante y escribano de quien traza las pinceladas; págs. 66-67.

“Juan Bustos era un hombre bajo, ancho, forzudo, musculoso, con las espaldas y manos cuadradas. Tenía el color tostado, la cabeza grande, huesuda, la cara algo picada de viruelas, las facciones nobles, las cejas cerdosas y salientes, los ojos hundidos, grises con un brillo de acero.

La mirada y la sonrisa le caracterizaban. Sus ojos tenían una penetración extraña: cuando sonreía, mostraba dos filas de dientes grandes,

blancos, fuertes, cosa poco común entre los montañeses, que suelen tener casi siempre mala dentadura (...).

Era Juan valiente hasta la temeridad; amigo de exponerse y andar a cuchilladas.

A pesar de su acometimiento, era también muy zorro, muy sabio a su modo, y de muchos refranes”.

La etopeya o descripción corporal y moral de Juan Bustos, alias el Brigante, contenida en las líneas anteriores, presenta un elemento extraño a su naturaleza descriptiva. El comentario adicional del retratista: “cosa poco común entre los montañeses, que suelen tener casi siempre mala dentadura”, denuncia al afuerino y hombre de nivel cultural superior o distinto a los guerrilleros serranos: un individuo con apreciaciones sanitarias de cariz científico sobre “mala dentadura”.

Los incisivos primero y segundo de la semblanza del Brigante son un chaparrón de adjetivos al costado de un sustantivo: a) “hombre bajo, ancho, forzado, musculoso” y b) “dientes grandes, blancos, fuertes”, en ambos casos sin la conjunción copulativa “y” antepuesta al último de la enumeración, como suele ser lo usual. Sin la conjunción, el efecto psicológico es más compacto en el ánimo del lector. Tratándose de los cuatro adjetivos calificativos que acompañan a “hombre”, se refuerza ese efecto con un par de frases de sustantivo: “con las espaldas y las manos cuadradas”, de lo cual se desprende una sensación de macidez y de fortaleza.

Respecto de la fisonomía del Brigante, opera en la descripción una alternancia de sustantivaciones breves con sustantivaciones largas: “Tenía el color tostado, la cabeza grande (breves), la cara algo picada de viruelas (larga), las facciones nobles (breve), las cejas cerdosas y salientes (larga), los ojos hundidos (breve), y procede agregar” (unos ojos) grises con brillo de acero (larga). Tampoco hay conjunción de una frase sustantiva a otra en este segundo chaparrón enumerativo. Si al calificativo “huesuda” le explicitamos el sustantivo subentendido, tenemos una frase corta más: “(la cabeza) huesuda”. Todos estos recursos literarios de Pío Baroja son una reiteración feliz de ahorrar medios de lenguaje y avanzar con soltura en la formulación del pensamiento o los sentimientos. Aquí, concretamente en los trazos de los rasgos físicos de su héroe.

En el aspecto psíquico de éste, sobresalen las cualidades belicosas de “la temeridad” y “el andar a cuchilladas”. En el aspecto de la agudeza campesina, destaca el que “era también muy zorro” y “(era) muy sabio a su modo” (de aldeano taimado y astuto), y en el aspecto folclórico descuella el que “(era) de muchos refranes”, al hilo de la mentalidad popular que inmortalizó Sancho Panza.

El Brigante y el sargento de dragones

La sorpresa y emboscada de Hontoria del Pinar, que discurriera el cura Merino contra un gran convoy francés de armas y vituallas, tuvo su instante de combate singular y su momento de lucha colectiva.

La narración de *El escuadrón del Brigante*, pág. 177, dice:

“El Brigante, orgulloso de su valor, y viendo nuestro enardecimiento, nos hizo acometer de nuevo (...).

No éramos bastantes para arrollar a los franceses por la masa, y se trabó el combate cuerpo a cuerpo, hombre contra hombre, como fieras enloquecidas por el furor.

El Brigante parecía un energúmeno (...), uno de esos monstruos exterminadores del Apocalipsis. Su mano fuerte blandía colérica el sable corvo y pesado, y el acero de su hoja se teñía en sangre roja y negra como el cuerno afilado de un toro en la plaza.

Había matado más de cuatro, cuando se lanzó sobre él un sargento de dragones alto, gigantesco, con unas barbas largas y rojas y una mirada feroz.

En la acometida vimos los caballos de ambos que se ponían en dos patas, furiosos, echando vaho por las narices. Los sables de los dos combatientes al chocar metían un ruido como las hoces en las cañas de maíz.

Aquel combate singular no duró mucho; el Brigante dio a su enemigo tal sablazo, que vimos caer el cuerpo enorme del dragón con el cuello casi tronchado”.

La pelea del Brigante con el sargento de dragones galo se cuenta con un vocabulario digno de sopesar con calma. El narrador, puestos los ojos en el guerrillero, empieza deslizando un par de palabras de origen griego, siempre saturadas de tensión emocional y de amenaza destructiva: “energúmeno” y “Apocalipsis”, anteponiéndole a ésta la apariencia horripilante de “monstruo exterminador”. En seguida, agrega las frases “el sable corvo” y “el cuerno afilado de un toro en la plaza”. Sin quererlo, el lector asocia el sable corvo con la curva cimitarra traída por los árabes desde Persia a España y el toro en la plaza lo vincula al Minotauro, es decir, al toro de Minos alrededor de cuyos cuernos o sobre cuyo lomo danzaban legendarias sacerdotisas.

El arma y el animal traen a la memoria dos pasiones ancestrales afinadas en la Península Ibérica: la imagen del jinete semita cortando cabezas cimitarra en alto sobre raudo corcel y la imagen de la fiesta nacional de la valentía y de la sangre, crepitando a media tarde en el redondel taurino. Todo ello nutre intuitiva y subconscientemente el arrojo del Brigante, lanzado en cuerpo y alma a segar vidas de invasores transpirenaicos.

En cuanto a su contrincante francés, éste viene contra el guerrillero hispano con tres elementos de dar miedo: primero, con su ser "alto, gigantesco" (el Brigante era "ancho, bajo, forzado, musculoso"); segundo, con tener "unas buenas barbas largas y rojas" (el Brigante no las llevaba); tercero, con mostrar "una mirada feroz" (los ojos del Brigante lucían "un brillo de acero"). Ya en tiempos del Cid Campeador las barbas luengas eran señal de gran hombría, y según Quevedo, siglos más tarde, las barbas de color rojo denotaban mala intención. Lo cual es de presumir en el dragón francés que acometía a quien "había matado más de cuatro" y que mostraba su finalidad temible en la ferocidad de la mirada.

Este estado psicológico de los jinetes se transmite a sus dos caballos "furiosos", cuya disposición de ánimo la mostraban "echando vaho por las narices" y poniéndose sobre sus patas traseras en el momento del encontronazo. A la vez, la siniestra furia de uno y otro varón combatiente la ponen en evidencia los sables que "al chocar metían un ruido como las hoces en las cañas de maíz". El ruido de un pacífico instrumento de labranza rural cobra aquí un sentido aterrador de guadaña de la muerte en manos de airados enemigos. La oración gramatical donde concurren la voz de estirpe latina "hoces" y la palabra aborígen americana "maíz", lo mismo que lo antes dicho por el narrador de la novela, hacen creer que el soldado de estatura colosal y aspecto tremebundo saldrá vencedor. Pero, de pronto, "el cuerpo enorme del dragón" cae del caballo "con el cuello casi tronchado". O sea, que el sablazo enorme del Brigante estuvo a punto de separarle la cabeza del tronco.

El factor de la sorpresa ante esto viene condicionado por lo "alto, gigantesco" del francés y lo "bajo, ancho" del español y la inesperada brevedad de la duración de la lucha, decidida en favor del aparentemente más débil. Sin embargo, el Pisaverde o espectador que cuenta el hecho, destaca también lo "forzado, musculoso" del Brigante, complementado con la mención, asimismo, de lo cuadrado de las espaldas y las manos suyas. Entonces, el desenlace resulta lógico y verosímil, exento de cualquiera sombra de casualidad o melodrama.

Una bandera y una canción

Apenas acabado de presenciar este espectáculo, el Pisaverde entra a narrarnos otro del subtítulo "La emboscada de Hontoria" que, en la pág. 178 de *El escuadrón del Brigante*, dice:

"Los guerrilleros, al ver que abríamos brecha entre los franceses, se acercaron de nuevo gritando:

—¡Avanza la caballería! ¡Son nuestros! ¡Adelante!; y rodearon al enemigo como una manada de lobos hambrientos.

Los franceses empezaron a vacilar, a cejar.

Los españoles, con nuevas tropas de refresco, avanzaban cada vez más decididos. Ya nos veíamos unos a otros; nuestros gritos pasaban por encima de los franceses.

De pronto el comandante Fichet, que se encontraba en el centro, a caballo, tomó la bandera y, estrechándola sobre el pecho, comenzó a cantar *La Marsellesa*. Todos los soldados franceses entonaron el himno a coro, y como si sus mismas voces les hubieran dado nuevas fuerzas, rehicieron sus filas, se ensancharon y nos hicieron retroceder.

Aquella escena, aquel canto tan inesperado, nos sobrecogieron a todos. Los franceses parecían transfigurados: se les veía en medio del humo, en medio del ruido de los sables y de los gritos e imprecaciones nuestras, cantando con los ojos ardientes llenos de llamas, el aire fiero y terrible.

Parecía que habían encontrado una defensa ideal que nosotros no teníamos.

Sin aquel momento de emoción y de entusiasmo, las tropas francesas se habrían desordenado. Fichet, que conocía, sin duda, muy bien a su gente, recurrió a inflamar el ánimo de sus soldados con canciones republicanas.

Nosotros nos retiramos”.

¿Por quiénes se dice “abrimos brecha entre los franceses”? Por el ataque de la caballería al mando del Brigante. ¿Quiénes, al verla, “se acercaron de nuevo”? Los guerrilleros a pie que habían retrocedido ante la caballería enemiga. Los mismos que, entre gritos, “rodearon al enemigo como una manada de lobos hambrientos”. Si nos fijamos en el lenguaje, el “rodear” sugiere una multitud abigarrada de personas y la “manada” refuerza la idea de gran número sumándole la tonalidad de ímpetu bestial: nada menos que bestialidad de “lobos hambrientos”. Mas, el hambre de los hombres de la partida no es de seres carnívoros, sino de batalladores sedientos de venganza con intención mortífera. “Ya nos veíamos las caras unos a otros” alude a que los españoles de un costado de los franceses y los españoles del otro costado, estrechaban tanto a sus contendores, que se descifraban sus rasgos faciales de compatriotas. Ítem más: “Nuestros gritos pasaban por encima de los franceses” reitera la proximidad apretujadora de los guerrilleros a caballo y a pie y desde opuesto lado, contra los soldados imperiales.

En tales circunstancias; “los franceses empezaron a vacilar, a cejar”. El vacilar representa una perplejidad restrictiva del ánimo y el cejar señala un retroceso en el terreno propio. O sea, que subjetivamente estos combatientes estaban al borde del precipicio de la derrota. Sin embargo: “De pronto el comandante Fichet (...) se descubrió, tomó la bandera y, estrechándola sobre el pecho, comenzó a cantar *La Marsellesa*”. La forma

adverbial “de pronto” introduce los factores sorpresivos e inesperados: a) el resalto de la individualidad del comandante Fichet; b) el gesto de reverencia implícito en el pretérito reflexivo “se descubrió”; c) la secuela de respeto con que “tomó la bandera”, símbolo de la patria amada; d) modo de afecto exteriorizado al sostenerla “estrechándola contra su pecho”; a la vez que, simultáneamente el ademán con la voz, *comenzó a cantar La Marsellesa*. Esto es, que atrajo a la memoria del alma de sus soldados el himno popular y nacional de la revolución republicana de 1789.

Todos ellos lo entonaron a coro “y como si sus mismas voces les hubieran dado nuevas fuerzas, rehicieron sus filas, se ensancharon y nos hicieron retroceder”. ¿Qué ha ocurrido aquí? Lo siguiente: a) El conjunto de las voces de los franceses multiplica los efectos marciales de la música patriótica; b) Esta marcialidad cara al alma colectiva de los cantores, penetra en sus espíritus; c) La melodía que vibra en el viento y electriza sus almas restablece la sensación de unidad solidaria de cada uno y de todos entre sí; d) A consecuencia de lo cual “los franceses parecían transfigurados (...) cantando, con los ojos ardientes llenos de llamas, el aire fiero y terrible”; e) En particular, la fuerza magnética y magnífica de “el aire (el ritmo) fiero y terrible” les renueva la voluntad y multiplica la capacidad de luchar y triunfar en el duro trance de la emboscada de Hontoria; y f) Por lo que con ejemplar laconismo el escritor resume: “rehicieron sus filas, se ensancharon y nos hicieron retroceder”.

Tras un punto y aparte, pero de inmediato, el literato ficticio que es el Pisaverde, combatiente activo en esa ocasión, anota: “Aquella escena, aquel canto tan inesperado, nos sobrecogieron a todos”. Lo que es una varonil expresión de asombro elogioso del impacto que *La Marsellesa* y la muchedumbre de quienes la entonaban, produjeron en sus contendores, no siempre dados a las emociones delicadas. Pero no éstas, sino las emociones de carácter bélico que el himno de 1789 engendra y lo estupendo del espectáculo de hombres de armas renacientes a su compás, subyace en las palabras nobles del contrario Pisaverde.

Por último, en cuanto actor y testigo de la batalla de Hontoria, el narrador dedica el párrafo final para reconocer el acierto del comandante Fichet al “inflamar el ánimo de sus soldados con canciones republicanas”. Es decir, por saber apreciar el estado de espíritu de sus subordinados en una situación crítica y recurrir al estímulo espiritual de bella eficacia.

Un pueblo en el paisaje

Un libro de asunto principalmente bélico escasea en descripciones de paisajes. A pesar de ello, en *El escuadrón del Brigante* disponemos de la

descripción relativa a la villa de Huerta del Rey, en la que un cuerpo de caballería español pernoctó y se tomó un breve descanso. El trozo está constituido por rasgos humorísticos de intención jocosa, mediante el uso de frases, sustantivos o verbos que atribuyen acciones u ocurrencias de personas a cosas de esencia y consistencia quietas. Las palabras con semejante propósito se subrayan en el texto seleccionado de la pág. 192 de la precitada obra de Pío Baroja, que expresa:

“Huerta es un pueblo bastante grande, formado por casas torcidas y alabeadas, de las cuales *ninguna tiene el capricho de conservar la alineación.*

No hay allí edificios con el aire naturalmente inmóvil de toda obra arquitectónica; por el contrario, *la generalidad parecen moverse y prepararse para una loca zarabanda.*

Casonas y casuchas, unas se adelantan a invitar a la contradanza a las vecinas, otras se apartan finalmente para dejar el paso libre, algunas se inclinan saludando con reverencia y hay tres o cuatro que se retiran como con despecho, bajando el tejado, que hace de sombrero, sobre sus ventanas, que son sus ojos.

Estos movimientos de las casas de Huerta se deben a que las construcciones no son de mármol penthólico, ni siquiera de Carrara, sino de estacas y de adobes de poca consistencia”.

Estamos ante una descripción fantasmagórica y burlesca por el estilo de las pinturas del Bosco, el flamenco genial del Renacimiento, que metía en sus cuadros los terrores caricaturizados con barroquismo de las danzas macabras medievales. Ese Bosco del que se conservan y exhiben estupendas telas en el Museo del Prado de Madrid y al que Baroja apreciaba tanto como al Greco. Si bien se mira, los términos: “el capricho”, “una loca zarabanda”, “la contradanza”, “el paso libre”, “con reverencia” y “con despecho” adscritos a sus correspondientes formas verbales, conciernen a estados de ánimo o a nombres de actos humanos normales, ya de origen únicamente subjetivo, ya de índole objetiva nacida de experiencias externas.

Además, la referencia a “el tejado”, que se instala de manera permanente en una construcción, se compara, oponiéndolo, al sombrero, que se lo pone o quita a cada rato su poseedor. Asimismo, “sus ventanas”, partes de la labor de alarifes y albañiles, se asimilan, contraponiéndolas también, a “sus ojos”, partes de seres vivos creados por fuerzas naturales. Sin olvidar que objetos inanimados forman paralelo con sujetos animados, por antítesis o contraste.

La técnica descriptiva de raíz jocosa e irónica, Pío Baroja la lleva más adelante aún. Al explicar la causa de las deformaciones de las casas de Huerta del Rey, pone a un mismo nivel funcional materiales arquitectónicos de valor y calidad muy disímiles. Lo que genera otro paralelismo

antitético o contrastado: los mármoles de los montes Pentélico griego y Carrara italiano, propios de suntuosos palacios, frente a las estacas y los adobes de los alrededores huertanos, inherentes a rústicas cabañas o humildes moradas.

Por último, con intención diferente, el escritor no da el nombre entero del pueblo al cual se refiere. Pero sí lo da en el subtítulo correspondiente de su novela. Lo que se debe tanto a la necesidad de rapidez narrativa como a la práctica peninsular de reducir a mera alusión el nombre completo de algo muy conocido. El que, en España, dice Huerta por Huerta del Rey, obedece a un mecanismo intelectual análogo del que, en Chile, habla de Copiapó en vez de San Francisco de la Selva de Copiapó. Esta costumbre vino de América Hispana a lomos de las caballerías de los conquistadores y se refleja en la denominación de villas que posteriormente fueron capitales de sus países: Santa Fe de la Virgen de Bogotá sólo quedó en Bogotá, para Colombia; San Francisco del Valle de los Caracas se redujo a Caracas, para Venezuela; Santiago del Nuevo Extremo se condensó en Santiago, para Chile.

Los sucesos de la guerra de la Independencia que se cuentan en *El escuadrón del Brigante* son numerosos, variados y apasionantes con relación a los lugares y lugareños a quienes afectan. Por lo mismo, constituyen un animado panorama de tipos humanos, estrategias de batallas y hasta derroche de atrocidades junto a comportamientos de profunda abnegación de amistad o de familia. Sin descontar las malquerencias, persecuciones y odios entre las partidas de jefes más preocupados de su lucimiento personal que de la causa nacional de la libertad española. Por ello, respecto del cura Merino, ha de decirse que cuantos caían bajo su sospecha o su indignación, para salvar el pellejo, debían irse lejos u ocultarse con astucia de zorros. Para su suerte, las serranías y bosques de Castilla la Vieja ofrecían su regazo ápero pero seguro.

b) *Con la pluma y con el sable*

En la producción literaria de Pío Baroja, a la evocación de los hombres y las partidas guerrilleras contra los ejércitos imperiales de Napoleón Bonaparte —1808 a 1814—, sigue esta llamada “crónica de 1820 a 1823”, que es el subtítulo de la novela *Con la pluma y con el sable* (1915). Ella cuenta la alternancia de intriga política y de lucha armada de absolutistas, partidarios de Fernando VII, y de liberales, proclives a la Constitución gaditana de 1812. La nación que de 1808 a 1814 actuó unida contra los soldados franceses, primero junto a las guerrillas patriotas y luego tras el ejército español organizado por Lord Wellington, ahora está escindida entre los

afectos a la tradición de la monarquía absoluta y los adherentes a la revolución de la monarquía constitucional con vistas a la modernización de España. La masa popular, casi en bloque, se puso a favor del absolutismo que, de regreso al trono, alentaba de manera solapada Fernando VII en la órbita de sus ministros y cortesanos. Algunos sectores de las capas sociales altas de la sociedad española y muchos de los afrancesados de los días de José Bonaparte, en Madrid, estaban por el liberalismo. Los guerrilleros que pinta *El escuadrón del Brigante* colaborando unos con otros en las luchas de 1808 a 1814, ya no se entienden y toman rumbos opuestos: el cura Merino tira hacia el pasado y el Empecinado —don Juan Martín—, hacia el futuro, poniendo cada uno su espada al servicio de la tendencia que abraza. Los hombres de gobierno, los generales y gente de elevada estirpe no llegan a avenimiento acerca del sesgo tradicionalista o reformista que se debe imprimir a la marcha de la monarquía en el ejercicio del poder político.

Lo que se describe y narra bajo el epígrafe de *Con la pluma y con el sable* es un cuadro amplio y dinámico de la época que corresponde a los tres primeros años del decenio de 1820 a 1830. Amén de los malentendidos intelectuales y de las escaramuzas armadas en el interior de España, la diplomacia europea y los ejércitos continentales, incluida la insular Inglaterra, mantienen sus ojos puestos en ella. Por esto, el libro de Pío Baroja no echa en saco roto ni desatiende a los emigrados, aventureros y delatores de distintas latitudes que de Bayona, Burdeos y París hacen sus domicilios centrales de convivencia y de intriga concernientes a los acontecimientos de la Península Ibérica. Unos en pro del tradicionalismo absolutista y otros a favor del liberalismo constitucionalista. Más de un chisme, cuento o noticia sobre ellos llevó y trajo don Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen —protagonista anfibio de las *Memorias de un hombre de acción*— desde el Manzanares al Sena o a la inversa, conforme a las páginas de Baroja.

Una inserción sobre Aviraneta

Dejamos en claro que éste no era ningún lugareño de espíritu ni de ocupaciones, sino un político de talento tan grande como de enrevesadas tácticas, lo mismo con sus contrarios que con sus partidarios. Por no ser la política el tema de este ensayo, lo dejamos ahora al margen de los textos que comentamos. Mas, como su nombre asoma o se insinúa con relación a hechos y personajes que sí son lugareños de los parajes que nos interesan, insertaremos un par de incisos de la Biografía de Pío Baroja denominada *Aviraneta o la vida de un conspirador*, págs. 7-8, para que no parezca un ser fantasmal o astral.

“Mi padre y mi madre conocieron a Aviraneta en su juventud. Mi padre, de pasada, con poca intimidad. Mi padre creía que Aviraneta publicó unas memorias de su vida. Mi madre lo recordaba más; le había visto muchas veces en casa de su abuelo, don Antonio María de Goñi. Aviraneta era tío segundo de mi madre.

Mi madre refiere bastantes anécdotas de la vida del conspirador: cómo fue una vez a su casa de San Sebastián sin peluca, el viento se la había llevado, cómo le gustaba chismografiar y contar sucesos de su vida aventurera (...).

Durante mucho tiempo no sentí curiosidad por averiguar la vida de este hombre; pero, por fin, llegó el momento.

En el otoño de 1911, y no teniendo otra cosa mejor que hacer, comencé mi labor de investigación, que tuvo algunos incidentes graciosos.

El principio fue preguntar en la Biblioteca Nacional si había algo de Aviraneta. Existían dos folletos: uno sobre la conclusión de la guerra civil, y el otro, titulado *Mina y los proscritos*, acerca de un movimiento ocurrido en 1836 en Barcelona.

Poco después encontré otro en la Biblioteca del Ayuntamiento, sobre las Cortes del Estatuto, y otro, titulado *Vindicación de don Eugenio de Aviraneta*, en la librería de García Rico.

Este último folleto me dio el dato de que Aviraneta había peleado a las órdenes del Empecinado en 1823. Supuse que habría conocido al Empecinado en la guerra de la Independencia y repasé las historias de esta guerra, hasta que encontré a don Eugenio citado en una nota del general Gómez de Arce, como biógrafo del cura Merino”.

Y retornamos a unos cuantos pasajes de *Con la pluma y con el sable*. En las págs. 53-56 de esta obra barojiana se lee:

“Los tercios de caballería los mandaba: uno, Aviraneta; el otro, un joven llamado Frutos San Juan, y el tercero, un tal Diamante.

Alejandro López Diamante era todo un tipo: alto, moreno, huesudo, de cráneo pequeño y seco, la nariz corva, el bigote gris, la piel tostada por el sol, las manos sarmentosas.

Tendría unos cincuenta años, había sido estudiante de cura y vivido con un tío suyo toda la vida.

Diamante era solterón, cazador y avaro. Su gran pesar databa de la guerra de la Independencia, por no haber podido tomar parte en ella. Su tío juró varias veces desheredarlo si se marchaba, y Diamante, entre el dinero y la guerra, optó por el dinero. Era su gran dolor.

Diamante era resistente e insensible. Cuando iba de caza dormía en los montes, recibiendo el sol o la lluvia sobre su cuerpo amojamado. No sentía

el frío ni el calor, ni el hambre. Un poco de pan, un poco de agua y una piedra o un manojo de hierba para apoyar la cabeza le bastaban.

Diamante tenía una casa pequeña y unos majuelos heredados de su tío.

Diamante apenas comía por no gastar; llevaba siempre ropas remendadas y viejas, y aseguraba que las usaba por comodidad.

Diamante vivía con un criado llamado Magdaleno, uno de los hombres más cazurros del pueblo.

Magdaleno tenía facha de sacristán; una cabezota grande, la nariz chata y la cara redonda, en la que las barbas le salían negras y duras como pinchos a la media hora de afeitarse.

Diamante no pagaba nada a Magdaleno, ni siquiera la comida; le daba sólo la casa y la luz —la luz del sol—. Amo y criado se llamaban de tú, aunque no en público; disputaban, se insultaban y cada uno se hacía la comida (...).

El jefe del otro tercio (de milicianos civiles), un joven de Aranda llamado Frutos de San Juan, hijo de una viuda pobre, era como el familiar de Aviraneta y escribiente del Ayuntamiento cuando le tomó de secretario.

El joven Frutos era muy solapado, muy hipócrita. Tenía mucho éxito con las mujeres, y esto quizá le había hecho cauteloso, pues no sólo se dedicaba a las solteras, sino también a las casadas.

Frutos era guapo, moreno, de pelo ensortijado y ojos negros, brillantes; pero, a pesar de esto, le gustaba deslumbrar con joyas falsas y con sonrisas tan falsas como sus joyas.

Frutos había sido monaguillo y recibido una educación sacristanesca.

Este joven aprovechado vivía en una continua ansiedad. En el fondo de su alma, las ideas recibidas por él pugnaban con las nuevas que oía exponer a Aviraneta y a sus amigos. Le maravillaba, sobre todo, el poco temor de don Eugenio por los curas y frailes. Él, en su interior, temblaba; los altares, las imágenes, las lámparas misteriosas le parecían de oro macizo; la campanilla del viático sonaba para él de otra manera que una corriente; las voces del órgano las tenía por sobrenaturales.

De día, el joven Frutos se sentía valiente y capaz de manifestarse enemigo de los frailes; pero de noche y en la soledad, temblaba, y cada impiedad suya la sentía como espada de Damocles sobre su cabeza de pelos rizados. Cuando no pasaba ninguna catástrofe se maravillaba”.

Hecha excepción de Aviraneta, los personajes del fragmento acabado de transcribir forman un tríptico de lugareños de Aranda de Duero. A la izquierda de la pintura está Diamante; al centro se encuentra Magdaleno y a la derecha se halla Frutos.

El nombre completo —dicho una sola vez— del individuo de la izquierda es Alejandro López Diamante. Por difundida costumbre española en familias y clases sociales, su segundo apellido sustituye normalmente al primero. Se dice Diamante por López, lo mismo que se habla de Mina y de Galdós, para indicar al guerrillero de la Independencia don Francisco Espoz y Mina o al autor de los *Episodios Nacionales* don Benito Pérez Galdós. También el apellido Diamante se transforma en apelativo análogo a Magdaleno y a Frutos.

Pasando de la asociación de nombres a las similitudes de personalidad o de carácter, con particular relación a creaciones literarias, el aserto de que "(Diamante) tendría unos cincuenta años", trae a la memoria lo de que "Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años" y el hecho de que "Diamante era todo un tipo: alto, moreno, huesudo, el cráneo pequeño y seco, la nariz corva, el bigote gris" (...), junto al dato de que: "Diamante era solterón, cazador y avaro", se compagina bastante —quitando lo avaro— con lo de que "(nuestro hidalgo) era de compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza". La condición de resentido consigo mismo, por haber "preferido el dinero a la guerra" ante las amenazas del tío, hizo a Diamante encuevarse en la sentina de mezquindad material y moral que es la avaricia. Por cuanto "Diamante apenas comía por no gastar; llevaba siempre ropas remendadas y viejas y aseguraba que las usaba por comodidad". Lo cual lo asemeja también bastante a ese "clérigo cerbatana, largo sólo en el talle" (...) que "traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa. La sotana era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era de ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul; traíala sin ceñidor. No traía cuellos ni puños; parecía, con los cabellos largos y sotana mísera, lacayuelo de la muerte (...) la cama tenía en el suelo; dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomisericordia".

Por añadidura, "Diamante vivía con un criado llamado Magdaleno, uno de los hombres más cazarros del pueblo (...).

Diamante no pagaba nada a Magdaleno, ni siquiera la comida; le daba sólo la casa y la luz —la luz del sol—. Amo y criado se trataban de tú, aunque no en público; disputaban, se insultaban y cada uno se hacía la comida". Lo que tiene su correlato, con las naturales diferencias y deferencias de amo a criado, en Pablos de Segovia y don Diego Coronel en el domicilio del licenciado Cabra: "(donde) todos los que vivían en el pupillaje desde antes estaban como leznas, con unas cara que parecía que se afeitaban con diaquilón (...); comieron una comida eterna, sin principio ni

fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer en una de ellas peligrara Narciso más que en la fuente (...).

Repartió a cada uno tan poco carnero, que entre lo que se les pegó en las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se les consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de los participantes (...).

Llegó la hora del cenar (...); cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada”.

Las remembranzas y comparaciones con el *Quijote* y el *Buscón* que suscitan los trozos a la vista de Pío Baroja, son una feliz confirmación de la lectura bien asimilada de Cervantes y Quevedo que, en más de una ocasión, ha proclamado y confesado en prólogos, ensayos y artículos el autor de *Con la pluma y con el sable*. Por cuanto no se trata de una imitación servil de ese par de maestros de la lengua castellana, sino del aprovechamiento inteligente del sedimento secularmente fecundo de una rica tradición literaria. Así, conforme a circunstancias geográficas, históricas y psicológicas de autenticidad radical, Pío Baroja remoja los veneros intelectuales de la literatura española durante el siglo xx.

El segundo sujeto del tríptico de lugareños de Aranda de Duero ya indicado, es “Magdaleno, uno de los hombres más cazurros del pueblo”. O sea, bien de pocas palabras y más ensimismado, pero bullente de silenciosas y maliciosas intenciones, mientras los demás hablan. Por su apariencia física: “una cabezota grande, la nariz chata y la cara redonda” es primo hermano de Maritornes y también parece serlo de Sancho Panza, pues en ella (la cara) “las barbas le salían negras y duras como pinchos a la media hora de afeitarse”. Esto mirado en detalle; pero visto de bulto y con ánimo axiológico: “Magdaleno tenía facha de sacristán”, a lo cual deben adscribirse los atributos psíquicos menos laudables implícitos en la voz cazurrería o gazmoñería. Este criado de Diamante compite con su amo en la ruindad moral de la disputa y el insulto en privado, que homologan en el plano de su avaricia recíproca. Por efectos de la misma, uno se da por satisfecho con la habitación en que mora, por su trabajo, y el otro se complace en el triunfo peculiar de omitir cualquiera otra clase de remuneración. El disputar y el insultarse siendo amigos a cubierto de público, hace de su mutua compañía un caso estupendo de miseria ética. Y del conjunto de sus tratos y maltratos, un ramillete de soledades desoladas por su impermeabilidad a la verdadera simpatía de la amistad de signo positivo.

El tercer hombre del tríptico arandino es Frutos San Juan, verdadero protegido de Aviraneta. La trayectoria de su presentación al lector sigue esta curvatura: a) el cariz moral: “era muy solapado y muy hipócrita”; b) el donjuanismo aldeano de buena estrella: “tenía mucho éxito con las muje-

res (...) no sólo (...) las solteras, sino también las casadas”; c) el físico atractivo: “Frutos era guapo, moreno, de pelo ensortijado y ojos negros, brillantes”; d) la escolaridad sospechosa: “había recibido una educación sacristanesca”; e) la conciencia angustiada de contradicciones: “vivía en continua ansiedad (...); las ideas recibidas por él pugnaban con las nuevas que oía exponer a Aviraneta y a sus amigos”; f) la psicología de ex monaguillo a cuestas: “Él, en su interior, temblaba (por el poco temor de don Eugenio por los curas y frailes); los altares, las imágenes, las lámparas le parecían de oro macizo (...); las voces del órgano las tenía por sobrenaturales”; g) el miedo infantil a oscuras: “De día, el joven Frutos, se sentía valiente y capaz de manifestarse contra los frailes; pero de noche y en la soledad, temblaba”.

En verdad, las líneas anteriores son un magnífico estudio de actitud religiosa incorporada al alma y la conducta de un creyente lugareño y muchos otros que no son tan lugareños. Baroja dibuja el croquis predominante en la masa de fieles peninsulares con relación al clero y a los objetos eclesiásticos con los cuales se codean diariamente la mayoría de ellos. A fin de cuentas, San Juan viene a ser, adosándole un poco más de cultura a su espíritu aldeano, un ejemplar representativo de las incertidumbres de algunos tipos de creyentes que Armando González Rodríguez estudia en su libro *La crisis de la fe religiosa* (1941), cuyo capítulo “Psicología de la creencia” es un modelo de análisis en la materia: págs. 147-217 de ediciones Ercilla.

En suma, el contraste de las nociones viejas con las opiniones nuevas que producen los tiempos, tiempos de laicismo versus clericalismo en España, someten a Frutos de San Juan a las dudas o vacilaciones de todo un minúsculo Hamlet pueblerino. No frente a materias políticas y morales del reino de Dinamarca, sino frente a los fantasmas de las representaciones confusas de su mente, producto de lo que, con alguna reiteración, Pío Baroja llama “educación sacristanesca”, sin demasiada intención laudatoria. Y ha de reconocerse que las dudas de su personaje están bien vistas, bien ambientadas y bien descritas, a la vez que alcanzan la jerarquía de cifra y compendio de millares de casos de conciencia de católicos españoles en situación análoga a lo largo de siglos. A ratos y de manera intermitente, surge el tema religioso en las novelas barojianas, pero no es la obsesión de su racionalismo cultural.

Huye la partida del canónigo Barrio

El periodo de 1820 a 1823 (de que la novela histórica *Con la pluma y con el sable* es la crónica fidedigna) tiene numerosas peripecias de lucha política

y de conatos armados en contra del régimen liberal de esos días. Uno de estos conatos lo constituía la partida guerrillera del canónigo tradicionalista don Francisco Barrio. Los milicianos de los tercios liberales del alcalde corregidor de Aranda de Duero, don Eugenio de Aviraneta, a quien sus enemigos absolutistas tildaban de “el tirano de Aranda”, salen tras las huellas de dicha partida. En lo pertinente, la narración de Baroja, págs. 105-106, dice:

“Descansaron Aviraneta y Frutos con sus tropas en Hontoria del Pinar. Aviraneta averiguó que Barrio, perseguido por Diamante, había entrado en la provincia de Soria, dirigiéndose a la sierra de Yanguas, y al saberlo envió un parte al jefe político de Soria indicándole la dirección de Barrio y la conveniencia de colocar algunas patrullas de soldados o de milicianos a su paso.

Mandó a un aldeano con el parte, y al día siguiente salieron Frutos y Aviraneta de Hontoria del Pinar. Frutos avanzó hacia San Leonardo y Aviraneta recorrió Covalada y Vinuesa.

Tenían como punto de reunión Hinojosa de la Sierra. Aviraneta, al pasar por Covalada, supo que Diamante seguía persiguiendo al cura Barrio por Salas y Quintanar; que aquí se habían metido los dos en las sierras de Hormazas y de Santa Inés, y que iban por el momento uno tras otro recorriendo la parte de Yanguas.

La única solución del cura Barrio para no verse obligado a internarse en la llanura, en cuyo caso se hubiera visto rodeado al momento, era, o entrar en tierra aragonesa, solución mala, no conociendo el terreno, o volver de nuevo hacia Burgos; pero para impedirlo estaban al acecho Aviraneta en Vinuesa y Frutos en San Leonardo. Se reunieron los dos en Hinojosa y avanzaron juntos hasta Estepa de San Juan.

Aquí supieron que el cura Barrio y sus guerrilleros, cansados, aspeados y muertos de hambre, perseguidos por Diamante, que no les dejaba descansar un momento, ni de día ni de noche, se habían rendido y entregado las armas al alcalde de Yanguas.

Diamante no pudo coger el fruto de su persecución, porque al día siguiente, un par de horas antes de que su patrulla entrara en Yanguas, se presentó una columna salida de Soria y se hizo cargo de los presos.

Diamante, indignado, los reclamó; el jefe de la columna no quiso entregarlos, y se dirigió con ellos hacia la capital. Al encontrarse en el camino con las patrullas de Frutos y de Aviraneta, éste dio al comandante explicaciones de cómo habían salido en persecución de Barrio desde Burgos, y el comandante entregó los prisioneros.

Formaban la partida, además del canónigo don Francisco Barrio, tres curas de pueblo y los guerrilleros llamados Dionisio Carro, Isidoro Astor-

ga, José Crespo, Agustín Escudero, gente toda conocida por sus fechorías, y, además de éstos, algunos indocumentados sin importancia.

Diamante quedó muy poco satisfecho de la aventura. Esperaba coger la presa, y ésta se le había escapado en el momento de echarla mano (...).

Diamante pretendió fusilar a Barrio y a los principales de la partida capturada, pero Aviraneta se opuso. La orden era de conducirlos prisioneros; Diamante quiso entonces atarlos a la cola de los caballos, pero tampoco se aceptó la idea, y se decidió llevarlos en dos grupos.

La columna, cruzando campos, tomó la calzada de Soria a Burgos, y llegó a esta ciudad a entregar los presos”.

Otra trinidad de varones liberales entra en escena y andanzas en el capítulo de *Con la pluma y con el sable*, bajo el subtítulo de *La partida de Barrio*. Efectivamente, Aviraneta, Frutos y Diamante forman parte de la aventura de la persecución de la partida del canónigo Barrio. La dinámica de la persecución de éstos a aquéllos, contrasta con la estática de la geografía serrana por la que se desplazan. Pues las rutas y senderos por los cuales van la partida tradicionalista y las patrullas constitucionales, son de paisaje de serranías y de pueblos de alturas: Hontoria del Pinar, Yanguas, Soria, San Leonardo, Hinojosa de la Sierra, Salas, Quintanar, Hormazas, Santa Inés, Burgos, Estepa de San Juan. Para este paisaje nadie tiene ojos contemplativos ni palabra caracterizadora. La atención de las autoridades se concentra en dar órdenes que conduzcan a la captura eficaz de los miembros de los grupos en huida, así como se ocupan de los que van en rastreo de sus huellas y sólo quieren hacer presa en el canónigo Barrio y sus secuaces.

Por último, en esta aventura de dar caza a los amotinados escapados por tierras altas y de acceso difícil, se visualizan en el paisaje únicamente en calidad de guerrilla rendida al tríptico arandino. Y esa partida la forman el canónigo don Francisco Barrio, tres curas de pueblo y Dionisio Carro, Isidro Astorga, José Crespo, Agustín Escudero y “algunos indocumentados sin importancia”. La guerrilla de insurgentes anticonstitucionales confiados a Aviraneta, mínima gavilla de nombres, se hace apenas un ovillo de hombres acurrucados en las rugosidades del terreno. Diamante desea vengar en ellos su frustrada persecución y sus ímpetus agresivos salen a luz con particular violencia. Está indignado porque no los cogió él mismo, sino que se entregaron a un alcalde; está indignado, además, porque no se le traspasaron los prisioneros a él, sino a su jefe Aviraneta. Para resarcirse de su molestia pretende fusilar a los cabecillas y dicho jefe lo impide; intenta atarlos a las colas de los caballos y tampoco se le da en el gusto. El instinto vengativo y cruel de Diamante se estrella contra la voluntad moral de Aviraneta. La psicología silvestre de Alejan-

dro López Diamante choca con la mente cultivada de don Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen. Diamante encarna el hábito del capricho; Aviraneta, la aspiración a la norma jurídica. El episodio resume el conflicto de la pasión incontrolada del contendor inculto, contrapuesta a los principios civilizadores proclamados en la Constitución liberal del año 1812 en Cádiz. En la extensa serie novelesca de las *Memorias de un hombre de acción*, de la cual es parte la obra de que tomamos el fragmento comentado, se advierte que la pasión incontrolada manda más en la historia de España que la regulación constitucional.

c) *La Nave de los Locos*

Entramos a seleccionar textos sobre lugares y lugareños de la tercera obra perteneciente a las antedichas *Memorias*. Por lo cual hacemos un brevísimo recuento del contenido general de las dos que la preceden en este trabajo y que también pertenecen a esa serie. Lo distintivo de la novela *El escuadrón del Brigante* es la importancia del papel que desempeña en ella don Eugenio de Aviraneta. Durante su desarrollo las cosas se narran en primera persona por el protagonista Aviraneta o por su alter ego el Pisaverde, o bien, por el historiador ficticio don Pedro Leguía y Gaztelumendi. En cualesquiera de estos casos, Aviraneta actúa de cronista y de actor militar en la emboscada de Hontoria, que la partida del cura Merino tendiera a los franceses. Es la más importante, pero es una de las muchas de la época de la guerra de la Independencia que apoyaban a los cuerpos del ejército nacionales. *Con la pluma y con el sable* se concentra en las disputas intelectuales y en las escaramuzas armadas de fernandinos y constitucionales de los primeros tres años del decenio de 1820. Aquí las dos labores de Aviraneta en ambos campos de actividad son predominantes, sea entre personalidades, sea entre comparsas de las preocupaciones políticas y militares reales o potenciales. Pero una y otra novela son independientes en el desarrollo de su tema y distantes en su lapso histórico.

En cambio, *Las figuras de cera* (1914), *La nave de los locos* (1925) y *Las mascaradas sangrientas* (1927) constituyen una especie de auténtica trilogía —sin haber sido escritas con ese propósito— unida por los destinos paralelos desde la adolescencia hasta la adultez de una jovencita francesa, nieta de un trapero rico de Bayona, y un muchacho emigrado español e impecune, a quien el trapero ha dado empleo y protección en casa. Mas, no llegan al matrimonio recíproco y al término de sus vidas son ambos un par de insatisfechos de sus destinos.

Las figuras de cera transcurre en Bayona, hecha teatro de desterrados,

delatores, aventureros y husmeadores europeos de alto bordo que, junto a las actividades de comerciantes, prestamistas y ropavejeros, tienen a la ciudad vasco-francesa por centro de operaciones referidas a la situación de España. Sin embargo, son los negocios del almacén del trapero Chipiteguy los que dominan el grueso de la economía del arrabal bayonense del Espíritu Santo; pues Chipiteguy extiende sus tentáculos de Bayona a Pamplona mutuamente, pasando y repasando la frontera con sus carromatos. En uno de sus viajes recoge en la capital navarra unas barricas que contenían tesoros procedentes de iglesias y conventos, a consecuencia de la guerra de carlistas y cristinos de 1833 adelante. Chipiteguy no resiste a la tentación de trampear a sus mismos cómplices de confianza, en el traslado de los tesoros a Bayona y apropiarse lo mejor para sí. Ello fue causa de que aun empleados en su trapería participaran en su secuestro de Francia a España.

La nave de los locos, tomando pie en el secuestro y búsqueda de Chipiteguy, lleva a Manón (su nieta) y a Álvaro (su dependiente) a la región vasca y luego a la navarra de España. Las andanzas de ellos dos, acompañados de un criado, son el pretexto de que se vale el escritor para ir describiendo los estragos de la primera guerra carlista (1833-1839) sobre campos y pueblos de país. Liberado Chipiteguy gracias a gestiones de Aviraneta con sus amigos y mediante el pago de un rescate elevado en dinero, los jóvenes Manón y Álvaro regresan de Guipúzcoa y Navarra a Bayona. Además, por habersele muerto al padre un pariente en España, Álvaro viene solo, posteriormente, a la Península Ibérica, en busca de una presunta herencia. Lo que es ocasión para hablar largamente de la gente y regiones de Castilla la Vieja y Castilla la Nueva.

Las mascaradas sangrientas, próxima la firma del convenio de Vergara (1839), que pone fin a la guerra de carlistas y cristinos, es la historia del asesinato de un par de mujeres serranas por los hijos de una familia rústica. Igualmente es la historia de las bandas de salteadores, violadores e incendiarios en que se convirtieron los más heterogéneos individuos de las disueltas guerrillas o ejércitos de tradicionalistas y constitucionalistas. Pues a todos la desmoralización de la lucha armada y el futuro incierto de sus destinos, se les transformó en ganas de saqueo y acumulación de riqueza por asalto a iglesias, conventos y palacios con objetos de valor.

El formidable Ollarra

De la trilogía integrada por estas tres novelas, únicamente echaremos mano de trozos de *La nave de los locos* como materia de comentario o análisis textuales. La obra es un relato de andar y ver por las tierras de

Vasconia y de Castilla. Lo reproducido a continuación corresponde a la llegada de Manón y de Álvaro a la región de Guipúzcoa; en las págs. 69-70 de *La nave de los locos*, se lee:

“El joven Sánchez de Mendoza fue a visitar al coronel Lanz, comandante del puesto de Vera. Se presentó él como hijo de un correligionario y le explicó que iba a ver de rescatar a su principal, secuestrado no sabía dónde.

El comandante dio pasaporte para Álvaro y para un supuesto primo, Mario Ezponda, y cartas de recomendación para personas importantes de la provincia. Hizo también que le acompañara un sargento por Vera.

Entre tanto Manón, marchando por la orilla de un arroyo, por detrás de la calle de Alzate, llegó hasta un caserón viejo llamado Itzea. Entre Itzea y un molino vio a un muchacho metido en el arroyo, registrando con un palo los agujeros de la orilla, sin duda para coger truchas. En esto pasaron unas vacas y recentales a beber en el arroyo, y uno de los terneros se paró, hizo ademán de investir y asustó a Manón, que dio un grito.

—No hay que asustarse —dijo el muchacho del arroyo, y saliendo a la orilla amenazó con un palo al ternero, que se alejó al galope. Luego miró a Manón y le preguntó en vascuence, con rudeza:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde eres?

—Yo soy francés. ¿Y tú?

—Yo soy Ollarra o Cascazuri.

—¿Por qué te llaman así?

—Me llaman Ollarra (el Gallo), porque así llamaban a mi padre, y Cascazuri (cabeza blanca), porque soy rubio. Yo también he estado en Francia. *¡Oui, Monsieur, Oui!*

—¿Y qué haces?

—Yo, pescar y cazar.

—¿Tienes familia aquí?

—No.

—¿Pues, dónde vives?

—Ahí, cerca de este barrio, hay un convento de capuchinos, al que pegaron fuego los negros. En él duermo.

—¿Qué negros?

—¿Eres tonto? ¿No sabes quiénes son los negros? Los liberales. El general Jáuregui el Pastor lo mandó.

—¿Este perro es tuyo?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Chorua (el loco).

—¿Es loco de verdad?

Sí, muy loco”.

El texto acabado de reproducir consta de dos partes. La primera es la aparición de Álvaro, el comandante carlista Lanz y un sargento; amén de un ficticio Mario Ezponda, que es Manón con disfraz masculino. Agréganse a estas personas, en distinto lugar, Manón misma y Ollarra. En seguida, se nombran Vera del Bidasoa, pueblo donde viven Pío Baroja con su familia, el barrio de Alzate, cuyo nombre viene de un antepasado del escritor y el caserón de Itzea. A éste, según noticias autobiográficas del libro *Juventud, egolatría* (1917) los chicos le denominaban “la casa del hombre malo de Itzea”, refiriéndose a Baroja mismo. Inclusive aparecen el arroyo y el molino que el literato pinta en diferentes obras.

La segunda parte la introducen el diálogo mantenido entre Manón y Ollarra hablando en vascuence. Los apodos del muchacho y el nombre de su perro, traducidos al castellano, respaldan el hecho de que la conversación es de un vasco-francés con un vasco-español. El último, al afirmar que el convento lo quemaron “los negros”, por mandato del general Jáuregui, incorpora el hecho de que, durante los años 1833 a 1839, los carlistas o tradicionalistas se hallaban en guerra civil con los cristinos o liberales. Aquéllos eran partidarios de que don Carlos sucediera a su fallecido hermano Fernando VII; éstos lo eran de la regente doña María Cristina. Los antecedentes que de sí propio da a Manón el altanero Ollarra, sugieren a ella la ocurrencia de que Álvaro lo contrate como guía y criado en los viajes de búsqueda de su secuestrado abuelo. Lo que significaba un acierto desde el punto de vista de la seguridad de Álvaro y de la nieta del secuestrado Chipiteguy.

En la pág. 71 de *La nave de los locos*, se afirma:

“Ollarra, alto, fuerte, rubio, con el pelo dorado, la cara larga, los ojos claros grises y el aire serio, tenía color de hombre del Norte y expresión, sobre todo en los ojos, de hombre del Sur, cosa bastante frecuente en los vascos. Se veía en él un mozo atrevido, enérgico, despreocupado y valiente. Sonreía a veces mostrando su dentadura blanca y fuerte de mastín”. A esta etopeya perfecta en la descripción de los rasgos físicos y pertinente en los atributos anímicos, se suma la cosmovisión que, en la pág. 75, haciendo pie en la etnología, manejaba Ollarra:

“En el mundo había, principalmente, vascos, para él hombres normales, gascones, tipos ridículos, capaces de comer hierbas del campo en ensalada; luego españoles, que casi todos eran curas o soldados; franceses tripudos, con bigotes amarillos, e ingleses, que todos eran serios; luego había América, una tierra rica que se disputaban ingleses, franceses y españoles”.

Ollarra, en consecuencia, reduce la especie humana a dos tipos de

individuos: a) los seres clasificables mediante un adjetivo principal: vascos *normales*, gascones *ridículos*, franceses *tripudos* e ingleses *serios*, cada uno con su gentilicio sustantivado bajo el membrete de un epíteto caracterizador; b) las personas ubicables por su ocupación u oficio: curas o soldados, es decir, curas españoles y soldados españoles, a quienes la frase adjetiva adverbial “casi todos” le asigna cantidad, pero no cualidad explícita. Además, al calificativo de los gascones (ridículos) Ollarra lo detalla en su significado poniendo en relieve una práctica culinaria, a su juicio hilarante: “tipos capaces de comer hierba del campo en ensalada”. Al calificativo de los franceses (tripudos) Ollarra lo relaciona con “bigotes amarillos”, estimando a aquél y a éstos motivo de apariencia extravagante.

Para quien llevaba indistintamente los mote de Ollarra (el Gallo) y de Cascazuri (cabeza blanca) como nombre propio y daba el de Chorua (el loco) a su perro, América no era un mundo de geografía, fauna y flora desconocidas o novedosas, sino presa codiciada y disputada por razones económicas: “tierra rica”. Y en ello los españoles son precedidos en importancia por los ingleses y los franceses, en vez de antecederlos por causa de descubrimiento, conquista y colonización. Estimación subalterna que en el muchacho vasco no es de extrañar respecto de sus compatriotas peninsulares. Solía afirmar: “—Yo no soy español ni francés —decía—. De donde se viva mejor —añadía sonriendo con cierta cólera, y traducía su frase unas veces al francés y otras al castellano”; pág. 76.

Absteniéndonos de otras citas relativas a Ollarra o Cascazuri, destacamos que en la novela *La nave de los locos* es el sujeto de quien más largamente se escribe, y, por sus cualidades de iniciativa espontánea, rústica e impetuosa de superior talento, es la figura más destacada en la serie de las *Memorias de un hombre de acción*.

Galería venteril de militares

El trío de los que van en busca del secuestrado bayonés Chipiteguy, habiendo salido un día antes de Vera, ha dormido en Venta Quemada, en medio del Puerto de Velate, a igual distancia de Vera, en Guipúzcoa, que de Pamplona en Navarra. Piensan —Álvaro, Manón, Ollarra— ir al campo carlista, dirigiéndose a Echarri Aranaz por Villava. El viejo de la venta les advierte que por ahí darán con los negros o liberales, les recomienda marchar por Larrainzar y decide acompañarlos un trozo del trayecto, para que no yerren el derrotero. En las págs. 119-121 de *La nave de los locos*, se lee:

—¿Ha habido aquí alguna batalla en esta guerra? —preguntó Alvarito.

—Aquí se pegaron de firme, hace pocos años, el tío Tomás y el Esqueleto —contestó el viejo.

—¿El tío Tomás? —exclamó Álvaro con asombro.

—Sí, el tío Tomás o el tío Tomasito; era el mote que daban los carlistas a Zumalacárregui.

—¿Y el Esqueleto?

—El Esqueleto era don Francisco Espoz y Mina.

—¿Y usted tomó parte en la batalla?

—Yo ya era viejo para alistarme en la guerra.

—¿Y fue aquí?

Sí, en estos barrancos que vamos cruzando.

—Pero en estos barrancos debe ser muy difícil que evolucionen las tropas —replicó Alvarito.

—Muy difícil, claro está (...).

¿Y usted vio a Mina y a Zumalacárregui? —preguntó Álvaro.

—Sí.

—¿Cómo eran?

—Mina era un viejo escuálido, con patillas grises y cara de muerto; por eso le llamaban el Esqueleto. Iba con levita larga, capote y sombrero de copa, forrado de hule, encima de un pañuelo de colores liado a la cabeza. Montaba en una mula.

—¿Y Zumalacárregui? —preguntó Alvarito.

—Zumalacárregui —contestó el viejo— era un hombre triste, flaco, de aire enfermo y de mal color, también con patillas y vestido de negro.

—¡Cuánto mejor hubiera sido que esos dos viejos arrugados hubieran estado en la cama que no matándose en estos vericuetos! —dijo Manón.

—Hay que defender las ideas —replicó Álvaro.

—¡Las ideas! ¡A cualquier tontería llaman los hombres ideas! —repuso Manón.

—¿Y cuánto duró la batalla? —preguntó el muchacho al viejo.

—Casi todo el día. Se batían con rabia. Los negros tenían buenos jefes: Narváez, Ros, y sobre todo Oraá, el Lobo Cano, un navarro de por aquí, duro como la piedra.

—¿Y los carlistas?

—¿Los carlistas? Tenían también buena gente: uno de ellos era José Miguel Sagastibelza, coronel del quinto batallón de Navarra, nacido en Dona María. La noche anterior a la batalla durmió en nuestra venta.

—¿Y qué tipo era?

—Así, pequeño de talla, esbelto y fuerte. Hablaba el vascuence bajo, con suavidad y con amabilidad, pero cuando gritaba en castellano para dar órdenes, sacaba una voz como de metal. Era hombre guapo, de cara viva y muy morena, por el sol y por el aire. Llevaba levitón azul, boina blanca y una cruz en el pecho.

—¿Vive aún?

—No, lo mató un inglés, un casaca gorri (casaca roja) de los de Lacy Evans, delante de San Sebastián.

—¿Y quién había más de los carlistas?

—Estaba también Guibelalde.

—¿Otro navarro?

—No, don Bartolomé de Guibelalde era guipuzcoano, de Lizarza, y había comenzado a pelear en la guerra de la Independencia con Mina. Tenía facha de buen hombre, tipo militar, usaba bigote y perilla y hablaba muy bien el vasco”.

Los que conversan son un joven de ciudad vecindado en Bayona y un pueblerino de campo español. Las preguntas son generales y de persona con curiosidad de visitante. Las respuestas son muy concretas y a nivel de la experiencia directa de un aldeano, conforme al testimonio de sus ojos y el decir de los lugareños. Por esto, la denominación de los generales guipuzcoano y carlista o navarro y cristino son indicados por sus apodos de tío Tomás y de el Esqueleto, agregando, a modo de explicación al muchacho afuerino, los nombres correctos: Tomás Zumalacárregui y Francisco Espoz y Mina. Del primero, el ventero destaca la inteligencia; del segundo, la valentía, aludiéndolos por su adjetivo gentilicio sustantivado: el guipuzcoano, para Zumalacárregui, y el navarro, para Espoz y Mina, o Mina a secas.

Dejando a un lado la vestimenta, bastante parecida, como de época, en ambos, el retrato es un paralelo de la apariencia física de los generales antagonistas:

a) “Mina era un viejo escuálido; Zumalacárregui era hombre triste, flaco”.

b) “Mina (tenía) cara de muerto; Zumalacárregui (era) de aire enfermo y de mal color”.

c) “Mina (iba) con patillas grises; Zumalacárregui (iba) también con patillas”.

d) “Mina iba con levita larga; Zumalacárregui (iba) vestido de negro”.

e) “Mina montaba una mula”; pero nada se dice de la cabalgadura de Zumalacárregui.

El contrapunto se aplica asimismo a los buenos jefes:

Los negros (es decir, cristinos o liberales) tenían “sobre todo a Oraá, el Lobo Cano, un navarro de por aquí, duro como la piedra” y los carlistas a “Sagastibelza, coronel del quinto batallón de Navarra (...) pequeño de talla, esbelto y muy fuerte”. De Oraá el elogio de sus cualidades de gran milite guerrero se hace designándolo con el apodo: el Lobo Cano; de

Sagastibelza, por el timbre de la voz: "cuando gritaba en castellano para dar órdenes, sacaba una voz como de metal".

También existe paralelo entre un navarro y un guipuzcoano:

"Don José Miguel Sagastibelza (...) era un hombre guapo, de cara viva y morena, por el sol y por el aire (...) hablaba el vasco con suavidad y con amabilidad; don Bartolomé de Guibelalde era guipuzcoano, de Lizarza (...) tenía facha de buen hombre, tipo militar, usaba bigote y perilla y hablaba muy bien el vasco".

La nota denunciadora de que la guerra civil era una discordia de muchos antiguos patriotas unidos por igual causa, salta al afirmarse que Guibelalde "había comenzado a pelear en la guerra de la Independencia con Mina". Pues al presente de la narración novelesca, Mina es cristino y Guibelalde es carlista.

Campos de Castilla

Las disensiones políticas, la primera guerra carlista (1833-1839), el bandillaje consiguiente a sus horas finales y el proceso de desintegración social de la existencia española, son lo predominante en *La nave de los locos*. Pero por la búsqueda emprendida tras Chipiteguy, cuyos secuestradores se lo habían llevado a España, primero. Y por el largo viaje del joven Álvaro Sánchez de Mendoza para recibir parte de una herencia, más ilusoria de lo deseable, en Cañete, segundo, dicho Álvaro continúa andando la Península Ibérica rumbo al Sur, tocando a Madrid en Castilla la Nueva; a Granada en Andalucía y a Málaga junto al Mediterráneo. Mayores o menores de extensión, las buenas descripciones de paisaje principalmente castellano son frecuentes en la novela, en cuyas págs. 249-251 hay esta muestra:

"Hay en España tierras sin más variedad que la variedad de color de las estaciones y de la luz del cielo; no hay en ellas dibujo, no hay accidentes; son como el mar, como el desierto; sugieren ideas de misticismo, de unidad, de monoteísmo. En primavera verde claras, en el verano verde más oscuras, son en el otoño doradas y en la época del barbecho negruzcas o rojas.

Sobre su extensión monótona vierte el cielo unas veces la luz de un azul uniforme; otras el resplandor de sus nubes blancas y la claridad cernida del horizonte encapotado. Toda la variedad proviene del contraste entre el color del suelo y el color del aire.

La tierra recorrida por Alvarito no era igual, ni monótona ni uniforme; no semejaba a un mar de distintas entonaciones, según la luz; era una región convulsa, violenta, con dibujo caprichoso y siempre distinto; un

terreno vario de forma y de color, verde y gris con las entrañas teñidas de ocre.

El fondo del horizonte lo cerraba con frecuencia una línea de montes bajos, largos, grises; una ola de piedra en la juventud del planeta, que limitó después seguramente la hondonada de algún gran lago.

Al marchar por su camino, el viajero veía sucederse vallas de tierra fértil, montes con matorrales y con encinas, cerros grises, áridos, plomizos, con vetas amarillas y bermejas y laderas blancas y yesosas.

Tras la aridez, tras los terrenos con aire estéril, como sembrados de sal por alguna maldición bíblica, tras las ramblas con juncales y los descampados llenos de piedras y de espejuelos, con algunos pobres cardos secos, venía la tierra cultivada y el olivar triste y dramático; tras los montes erosionados en cárcavas profundas, las huertas a orillas de un arroyo; tras de los cerros secos e infecundos, los campos cuadrículados, los rectángulos, de un verde, luminoso, del trigo y de la cebada (...).

Por la mañana, al levantarse y al prepararse para salir de la aldea, cantaban los gallos en los corrales, sonaba la campana de la primera misa, corría vientecillo frío y sutil y el sol doraba las piedras del cerro próximo, como si las pusiera candentes.

Los labradores salían con arados y yuntas; algunos burros, con sus serones, atados a las rejas, miraban con ojo observador; recuas de mulas aguardaban a la puerta del mesón, y la diligencia, desmantelada y polvorienta esperaba en la plazuela o en la rinconada a que un mozo le quitara el barro, echándole cubos de agua.

En las calles del pueblo sorprendía el aroma de la retama y de la jara, salido de los hornos de cocer el pan, y el olor de orujo de las alquitaras".

La descripción de este paisaje depende de la percepción sensorial de dos personas. Una es la visión del escritor, es decir, Pío Baroja, y otra es la visión de su personaje, es decir, Álvaro Sánchez de Mendoza.

Lo que Baroja mira y ve incluye a los cuatro párrafos iniciales, cuyo principio y cuyo final respectivos son:

Primer párrafo: "Hay en España tierras sin más variedad que la variedad del color de las estaciones..." (principio); "son en el otoño doradas y en la época del barbecho negruzcas o rojas" (final).

Segundo párrafo: "Sobre su extensión monótona vierte el cielo..." (principio); "el color del suelo y el color del aire" (final).

Tercer párrafo: "La tierra recorrida por Alvarito no era igual..." (principio); "verde gris con las entrañas teñidas de ocre" (final).

Cuarto párrafo: "El fondo del horizonte..." (principio); "la hondonada de algún gran lago" (final).

Lo que el personaje de la novela ve, escucha o huele corresponde a los párrafos o incisos que siguen la enumeración ordinal de este examen:

Inciso quinto: "Al marchar en su camino, el viajero veía sucederse..." (principio); "laderas blancas y yesosas" (final).

Inciso sexto: "Tras de la aridez, tras de los terrenos con aire estéril..." (principio); "los rectángulos, de un verde luminoso, del trigo y de la cebada" (final).

Inciso séptimo: "Por la mañana al levantarse (Alvarito)..." (principio); "como si las pusiera candentes" (final).

Inciso octavo: "Los labradores salían con arados y yuntas..." (principio); "a que un mozo le quitara el barro" (final).

Inciso noveno: "En las calles del pueblo..." (principio); "el olor del orujo de las alquitaras" (final).

Si pensamos en los clásicos "cinco sentidos" del hombre, cuanto nos dice el propio Baroja en la cita tomada de *La nave de los locos*, viene determinado por el sentido de la vista. Por ejemplo, y tomando únicamente sendos casos de cada párrafo de los que hemos considerado suyos, sin excluir a las ejemplificaciones anteriores: "la luz del cielo", "el resplandor de sus nubes blancas", "una región convulsa, violenta, con dibujo caprichoso y siempre distinto" y "una ola de piedra", donde la percepción mediante los ojos es exclusiva. Salvo la referencia a la historia geológica hipotética inserta en lo visual, que se destaca con subrayados: "una ola de piedra en la juventud del planeta, que limitó después seguramente (probablemente) la hondonada de algún gran lago". La noción de tiempo cabalga en el pretérito indefinido: "limitó", y bien sabemos que la historia ocurre en el tiempo.

En cambio, Alvaro o el viajero, tomando también sendos casos de cada inciso y sin excluir tampoco los anteriores, afianza sus percepciones en varios sentidos: "veía sucederse valles de tierra fértil, montes con matorrales y con encinas", "venía (viendo) la tierra cultivada y el olivar triste y dramático": funcionamiento de los ojos; "cantaban los gallos en los corrales, sonaba la campana de la primera misa": funcionamiento del oído; "corría un vientecillo frío y sutil": funcionamiento del tacto; "algunos burros, con serones, atados a las rejas, miraban con ojo observador" y, por último: "sorprendió el aroma de la retama y de la jara": funcionamiento del olfato. En resumen, de los "cinco sentidos" Álvaro o el viajero utiliza cuatro: vista, oído, tacto y olfato.

El acto de "ver" de ese viajero está condicionado por las ideas de desplazamiento en el espacio y de transcurso en el tiempo, según se desprende de las estructuras verbales compuestas: *veía sucederse* y *venía (viendo)*, a medida que caminaba. Respecto al ojo con que miraban algunos

burros, Álvaro los *veía mirar* con sus propios ojos. Para que nadie se pase de listo, bien sabemos que todo el fragmento descriptivo de la novela es del autor de ella. Pero el análisis de su técnica narrativa permite hacer la distinción ya expuesta.

d) *Zalacaín el Aventurero*

Por su fecha de publicación (1909), este libro no pertenece a la serie de las *Memorias de un hombre de acción*, pero por la época de la actuación de su protagonista y las circunstancias de la tercera guerra carlista (1872-1876) que la nutren, se sitúa en la línea de desarrollo de la mencionada serie. Viene a ser el epítome de muchas peripecias de esos años a la luz de los ojos y al tenor de los quehaceres de comerciante, de contrabandista y de aventurero de Zalacaín, cuya feliz trayectoria existencial es rota por los vaivenes y azares de aquellos tiempos de odios turbulentos.

Martín Zalacaín, nacido en el pueblo vasco de Urbía, recibió su principal educación de su particular vagancia y de su tío-abuelo Miguel de Tellagorri, "hombre de mala fama y de buen corazón", perito en ocios, habladorías y latrocinios menores, que explotaban una huerta escondida y un remanso de río lleno de peces para alimentarse de manera bastante silvestre. En cualquier caso, este pedagogo naturalista del chico listo e intrépido en el arte de las pedradas muchachiles en las calles de Urbía, formaba parte notable de la sociabilidad de esta villa.

Tellagorri y Pichía, compinches

A su respecto, en las págs. 32-34 y 35-36 de la novela *Zalacaín el aventurero*, Pío Baroja cuenta:

"La tertulia de la noche en la taberna de Arcale la sostenían Tellagorri y Pichía. Pichía, digno compinche de Tellagorri, le servía de contraste. Tellagorri era flaco; Pichía, gordo; Tellagorri vestía de oscuro; Pichía, quizá por poner más en evidencia su volumen, de claro; Tellagorri pasaba por pobre; Pichía era rico; Tellagorri era liberal; Pichía, carlista; Tellagorri no pisaba la iglesia; Pichía estaba siempre en ella; pero, a pesar de tantas divergencias, Tellagorri y Pichía se sentían almas gemelas que fraternizaban ante un vaso de buen vino.

Tenían estos dos oradores de la taberna de Arcale, hablando en castellano, un carácter común, y era que invariablemente trabucaban las eses y las pes. No había medio de que las pronunciaran a derechas.

—¿Qué te *farece* a ti el médico nuevo? —le preguntaba Pichía a Tellagorri.

—¡Psch! —contestaba el otro—. La *frática* es lo que le *palta*.

—Pues es hombre listo, hombre de alguna *portuna*; tiene su *fiano* en casa (...).

Tellagorri se sentía poco aficionado a las cosas de iglesia, tenía poca *apición*, como habría dicho él, y cuando bebía dos copas demás, la primera gente de quien empezaba a hablar mal era de los curas. Pichía parecía natural que se indignara, y no sólo no se indignaba como cerero (sacristán) y religioso, sino que azuzaba a su amigo para que dijera cosas más fuertes contra el vicario, los coadjutores, el sacristán o la cerera (...).

Toda la torpeza de Tellagorri hablando castellano se trocaba en facilidad, en rapidez y en gracia cuando peroraba en vascuence. Sin embargo, él prefería hablar en castellano, porque le parecía más elegante.

Cualquier cosa llegaba a ser graciosa en boca de aquel viejo truhán. Cuando pasaba delante de la taberna alguna chica bonita, Tellagorri lanzaba un ronquido tan socarrón, que todo el mundo reía.

Otro, haciendo lo mismo, hubiera parecido ordinario y grosero; él, no; Tellagorri tenía una elegancia y una delicadez innatas que le alejaban de la grosería.

Era también hombre de refranes y cuando estaba borracho cantaba muy mal, sin afinación alguna, pero dando a las palabras mucha malicia”.

La técnica con que Pío Baroja ha trazado este retrato o semblanza, es de paralelismo antitético o de contraste de una pareja dispareja, conforme al esquema de procedimientos siguiente:

a) Divergencia de Tellagorri con Pichía en la figura: flaco-gordo; en el color del traje: oscuro-claro; en la posesión de bienes: pobre-rico; en las ideas: liberal-carlista; en las creencias: inasistente a la iglesia-concurrente a ella. Paralelismo antitético o por contraste propiamente dicho.

b) Convergencia de Tellagorri y Pichía en los gustos: fraternización en el buen vino; mal uso común de las letras *efes* y *pes*; deleite en hablar mal y goce en oírlo contra individuos del clero. Paralelismo por semejanza.

c) Singularidad privativa de Tellagorri: hábil para hablar en vascuence y torpe para hacerlo en castellano; preferencia del castellano por la vanidad de encontrarlo más elegante; tener gracia socarrona e hilarante para todo; exhibir afición a los refranes y cantar con intención maliciosa, aunque desafinada. Aquí ya no hay comparación paralelística, sino individualización nítida y detallada.

Lo distinto y lo parecido que Tellagorri y Pichía muestran recíprocamente, son las caras del equilibrio de circunstancia y personalidad, que los hace “digno compinche” al uno del otro. Tal equilibrio representa el margen de tolerancia de la comunidad de Urbía para una convivencia de signo positivo. La individualidad marcada de Tellagorri es el fundamento de las potencialidades de su personalidad para alegrarse de sí mismo y

darse complacido en espectáculo a sus vecinos o a los parroquianos de la taberna de Arcale. En suma, Tellaorri es un hombre solo desde el punto de vista de la vida hogareña, pero es un gran irradiador de simpatía respecto de sus prójimos de libre o accidental elección. Entre éstos, Tellaorri decidió ocuparse de la educación de su sobrino-nieto Zalacaín, desde que supo que, en una riña de muchachos, le había proporcionado una soberana golpiza a puño limpio a un señorito petulante de la aldea: Carlos Ohando, quien le guardó para siempre un enconado rencor.

Zalacaín de Urbía

La semblanza o retrato de Martín Zalacaín de Urbía o el Aventurero, en uno de sus perfiles, lo ofrece Baroja en este pasaje de su novela; págs. 60-61.

“Arcale, que sabía que el muchacho era listo y de genio vivo, le utilizó para recadista en el coche de Francia, y cuando aprendió a guiar, de recadista le ascendieron a cochero interino, y al cabo de un año le pasaron a cochero en propiedad.

Martín, a los dieciséis años de edad, ganaba su vida y estaba en sus glorias. Se jactaba de ser un poco bárbaro, y vestía un tanto majo, con la elegancia garbosa de los antiguos postillones. Llevaba chalecos de color y en la cadena del reloj colgantes de plata. Le gustaba lucirse los domingos en el pueblo, pero no le gustaba menos, los días de labor, marchar en el pescante por la carretera restallando el látigo, entrar en las ventas del camino, contar y oír historias y llevar encargos.

Las señoras de Ohando y Catalina se los hacían con mucha frecuencia, y le recomendaban que les trajera de Francia telas, puntillas y algunas veces alhajas.

—¿Qué tal, Martín? —le decía Catalina en vascuence:

—Bien —contestaba él rudamente, haciéndose más el hombre—. ¿Y en vuestra casa?

—Todos buenos. Cuando vayas a Francia tienes que comprarme una puntilla como la otra. ¿Sabes?

—Sí, sí; ya te compraré.

—¿Ya sabes francés?

—Ahora empiezo a hablar.

Martín se estaba haciendo un hombretón, alto, fuerte, decidido. Abusaba un poco de su fuerza y de su valor, pero nunca atacaba a los débiles. Se distinguía también como jugador de pelota, y era uno de los primeros en el trinquete.

En invierno hizo Martín una hazaña, de la que se habló en el pueblo. La

carretera estaba intransitable por la nieve y no pasaba el coche. Zalacaín fue a Francia y volvió a pie, por la parte de Navarra, con un vecino de Larrau. Pasaron los dos por el bosque de Yraty y les acometieron unos cuantos jabalíes.

Ninguno de los hombres llevaba armas, pero a garrotazos mataron tres de aquellos furiosos animales: Zalacaín, dos, y el de Larrau, otro.

Cuando Martín volvió triunfante, muerto de fatiga y con sus dos jabalíes, el pueblo entero le consideró como un héroe”.

Este pasaje de la novela *Zalacaín el aventurero* está en el capítulo denominado “Cómo Tellagorri supo proteger a los suyos”. Ahí se expone la ocasión en la cual Tellagorri, un hombre sin mujer, ni hijos, ni criados, se llevó a casa sus huérfanos sobrinos-nietos Martín e Ignacia, encargándose de cuidarlos y alimentarlos. A su debido tiempo, la jovencita entró de niñera en la posada de Arcale y su hermano se dedicó a las tareas mencionadas recientemente.

El centro social de Urbía viene a ser la taberna de Arcale. A partir de ella, va y viene de Francia, Martín, cuyas naturales dotes de ingenio y de valor le han permitido ocupar un lucido empleo de recaudista y de cochero. Su ascenso meritorio y la plena adolescencia en que está, lo inducen a comportarse un tanto exhibicionista y jactancioso. Lo que se justifica en virtud de su destreza ocupacional, su fuerza corporal y su viveza intelectual. Si solía pavonearse y dárselas de hombre ante su prometida, respondía a un espontáneo instinto de lucimiento. Más aún si ella, hablándole en vascuence, lo hacía sentirse más en confianza y sentimentalmente más correspondido. Y esto era lo interesante en el pretexto de los encargos de baratijas de adorno femenino para traer de Francia.

La correspondencia sentimental, subyacente en un diálogo tan recatado como éste:

—“¿Ya sabes francés?

—Ahora empiezo a hablar”, requiere cristalizar en un motivo de admiración lo mismo individual que colectivo. Al convertirse Martín en “un hombretón, alto, fuerte, decidido” y ser un buen jugador de pelota, están echadas las bases para que advenga la hazaña consagratoria del héroe. Y Martín, con un vecino de población cercana, hacen “la hombrada” de ir y venir de Francia por el espeso corazón de la nieve. Los jabalíes furibundos del bosque espeso colaboran con su ataque: a garrotazos Martín mata a dos y su acompañante, uno. Y Martín entra en la gloria del héroe de la corazonada valiente y la fuerza física eficaz, sobrado motivo para legitimarse el gran muchacho del día. A la vez que legitima las maneras jactanciosas y su ostentación de lujo con baratijas de vanidad juvenil.

La villa de Urbía

En el prólogo de esta obra literaria, Pío Baroja dedica media docena de páginas a describir el escenario de la actuación de los personajes de su novela *Zalacaín el aventurero*. De esa admirable pintura de lugar, tomamos una de las páginas comprendidas bajo el epígrafe "Cómo era la villa de Urbía en el último tercio de siglo XIX"; precisamente en una pág. 8, donde no se habla de habitantes y donde se dice:

"Tiene Urbía una barriada vieja y otra nueva. La barriada vieja, la *calle*, como se la llama por antonomasia, está formada principalmente de callejuelas estrechas, sinuosas y en cuesta, que se unen a una plaza.

El pueblo viejo, desde la carretera, traza una línea quebrada de tejados torcidos y mugrientos que va descendiendo desde el castillo hasta el río. Las casas, encaramadas en la cintura de piedra de la ciudad, parece a primera vista que se encuentran en una posición estrecha e incómoda; pero no es así, sino todo lo contrario, porque entre el pie de las casas y los muros fortificados existe un gran espacio ocupado por una serie de magníficas huertas. Tales huertas, protegidas de los vientos, son excelentes. En ellas se pueden cultivar plantas de zona cálida, como naranjos y limoneros.

La muralla, por la parte interior, que da a las huertas, tiene un camino formado por grandes losas, especie de acera de un metro de ancho, con su barandado de hierro.

En los intersticios de estas losas viejas y desgastadas por las lluvias crecen la venenosa cicuta y el beleño; junto a las paredes brillan, en la primavera, las flores amarillentas del diente de león y del verbasco, los gladiolos de hermoso color carmesí y los digitales purpúreos. Otros muchos hierbajos, mezclados con ortigas y amapolas, se extienden por la muralla y adornan con su verdura y con sus constelaciones de flores pequeñas y simples las almenas, las aspilleras y los matacanes".

La precedente descripción, hecha en un libro de Baroja publicado en 1909, corresponde a la ciudad de Pamplona, capital de Navarra, en el decenio de 1870. La doble imagen de ella está hecha en una sola frase: "Tiene Urbía una barriada vieja y otra (barriada) nueva". En el desarrollo de su pintura hay dos elementos predominantes: el cultural y el natural. El primero lo forman construcciones arquitectónicas o urbanísticas y el segundo, vegetales o plantas silvestres.

a) El elemento cultural puro se indica con el subrayado de los sustantivos de los ejemplos siguientes: "La *barriada* vieja, la *calle* (...) está formada principalmente de *callejuelas* (...) que se unen en la *plaza*", "las *casas*, encaramadas en la *cintura de piedra* de la *ciudad*", "la *muralla* (...) tiene un

camino formado por grandes *losas*, especie de *acera* (...) con su *barandado de hierro*", etc.

b) El elemento natural puro también se indica de modo similar al anterior: "en los intersticios (...) crecen la venenosa *cicuta* y el *beleño*", "brillan (...) las flores amarillentas del *diente del león* y del *verbásco*", etc. En el inciso superior siempre interviene la acción humana, en éste, sólo el proceso cósmico de las estaciones del año.

c) El elemento cultural (acción humana) y natural (proceso de la naturaleza) aparecen unidos en una misma frase o un mismo trozo descriptivo: "que (una línea quebrada) va descendiendo desde el *castillo* hasta el *río*", "otros *hierbajos*, mezclados con *ortigas* y *amapolas*, se extienden por la *muralla* y adornan (...) las *almenas*, las *aspilleras* y los *matacanes*".

d) Por último, elementos culturales arquitectónicos se alían con elementos vegetales: "entre el *pie* de las *casas* y los *muros* fortificados existe (...) una serie de magníficas *huertas*". Lo cultural de las huertas reside en que ellas son objetos de "cultivos", es decir, de intervención humana. Pío Baroja escribe expresamente: "En ellas se pueden 'cultivar' plantas de zona cálida como naranjos y limoneros". En cambio, el río, los hierbajos, la *cicuta*, etc., son mero efecto productivo de la Naturaleza.

Otra cara de Urbía

Pasemos a leer una descripción de la pág. 12 de igual prólogo, donde figuran habitantes:

"Hace cuarenta años, la vida en Urbía era pacífica y sencilla; los domingos había el acontecimiento de la misa mayor, y por la tarde, el acontecimiento de las vísperas. Después, en un prado anejo a la ciudadela, y del cual se había apoderado la villa, iba el tamborilero, y la gente bailaba alegremente al son del pito y del tamboril, hasta que el toque del *Angelus* terminaba con la zambra, y los campesinos volvían a sus casas después de hacer una estación en la taberna".

La precisión del número de años —cuarenta— sitúa al lector en una fecha pretérita bien determinada —1870—, respecto de la publicación de la novela *Zalacaín el aventurero* (1909). El domingo, con sus misas de mañana y tarde, es día que sugiere la congregación multitudinaria de personas indeterminadas. El único sujeto individualizado es el tamborilero; pues quienes se divierten gracias a sus artes instrumentales son los fieles, pluralidad anónima inserta en el vocablo gente. A la cual le termina la fiesta ruidosa o zambra el llamado a la oración que empieza el *Angelus Domini* (Mensajero del Señor). En seguida, de la gente se llega a los campesinos, de pluralidad un poco más concreta por las imágenes visua-

les y labores ocupacionales que asocia a la memoria. El conjunto de ellos, antes relativamente dispersos, se acumula en el recinto estrecho de “una estancia en la taberna”, objetivación de lengua costumbre de la sociabilidad pueblerina.

Pío Baroja destaca “la vida pacífica y sencilla” de aquella época de hacia 1870 en Pamplona, mediante el contraste de dar carácter de “acontecimientos” o usos de particular importancia a las misas dominicales que menciona, por contraposición a la rutina semanal de la labranza y el pastoreo rurales de los restantes seis días. Asimismo, porque esa rutina de lentitud y de silencio subentendidos también, difiere en extremo de la bulla y baile “al son del pito y del tamboril”, a lo que pone un recatado final “el toque del *Angelus*”. El que las diversiones colectivas se llevan a cabo en “un prado anejo a la ciudadela” de la villa de Urbía, está anunciando la ulterior expansión urbana que llenará de edificaciones al prado en un futuro no lejano.

En resumen, la descripción que comienza diciendo: “Tiene Urbía una barriada vieja y una nueva” y la que se encabeza con la referencia cronológica: “Hace cuarenta años la vida en Urbía era pacífica y sencilla”, muestra la propensión del escritor a hacer converger el paisaje y el hombre en el universo de sus libros. Así, la naturaleza y sus dones se vuelve interesante gracias a su peculiar interrelación con el hombre y sus obras.

Los Visionarios

El año 1932 la editorial Espasa-Calpe de Madrid publicó la trilogía novelesca de Pío Baroja intitulada *La selva oscura*, compuesta de las narraciones denominadas *La familia de Errotacho*, *El cabo de las tormentas* y *Los visionarios*. Las tres obras ocurren en un lapso que va desde los últimos meses de la guerra europea de los años 1914 a 1918 a la llegada del régimen republicano en España el año 1931. Una trata de cierta asonada de anarquistas venidos de Francia a Vera del Bidasoa peninsular; otra se relaciona con la rebelión del capitán Gabriel y Galán en Jaca, el año 1925, y la última concierne a la caída de la Monarquía y a su sustitución por la República. Para explicar la intención general de su trilogía, en un breve prólogo puesto a ella, Baroja manifiesta:

“Hay libros a los cuales el escritor pretende esterilizar de elementos de actualidad, desprender de ellos el olor y el sabor del tiempo, quizá con la esperanza, esperanza ilusoria y quimérica, de darles un carácter perenne; en cambio, en otros, no sólo no huye del sabor de la época, sino, por el contrario, lo acentúa deliberadamente, impregnándolos lo más posible de la esencia del tiempo”. A esta clase de libros pertenecen los componentes

de la trilogía *La selva oscura*, de la que el autor escribe: "En esta obra (que ha resultado triple), los disturbios y la posible transparencia de la vida española están vistos a través de gentes humildes, salidas de un caserío vasco". Lo que es principalmente efectivo respecto de los personajes que hablan y actúan de sus actividades o de las ajenas en *La familia de Errotacho* y en *El cabo de las tormentas*.

Pero ya en *Los visionarios* los vascos de allende y aquende el Bidasoa que viajan mirando y comentando los sucesos de España, en el orden de las costumbres, los hechos políticos o las creaciones artísticas, incluida la ética de los terratenientes y braceros andaluces, son profesionales o funcionarios públicos cultos. Aunque sí es verdad que se esmeran por sacarles palabras y opiniones a las gentes humildes de las tierras sureñas que recorren en automóvil. En especial, *Los visionarios* constituyen un panorama realista, verosímil y animado de la situación política, moral y social de España en torno a 1931. Sin miedo a la hipóbole engañosa, este libro no tiene parangón en la caracterización de los individuos, la sustantiva verdad de los hechos y la saludable correlación de ideas con que presenta el tránsito de la antigua a la nueva realidad hispana. Y tanto, que hoy parece más verosímil que ayer.

*Diálogo concerniente
al gobierno de España*

En el capítulo cuyo epígrafe es "El rey bajo la máscara", págs. 14-15, hay este diálogo:

—"¿Qué le parece a usted, doctor, de estos acontecimientos que han ocurrido desde que no nos vemos? —preguntó el marqués—. ¿Qué opina usted de la caída de la Monarquía y del triunfo de la República?"

—¡Qué quiere usted que me parezcan! Estos acontecimientos están perfectamente legitimados. Es un proceso morboso que no tenía otra salida. No había otra solución. La Monarquía agonizaba. El rey ha sido muy torpe y no ha podido prolongar la agonía del viejo régimen. No ha tenido un momento de clarividencia para comprender su país y su época.

—¿Cree usted? —preguntó el marqués cariacontecido.

—Me parece evidente.

—¿Así que usted sospechaba esto?"

—Yo no creí que llegaría tan pronto, la verdad (...).

—No lo comprendo.

—En biología, querido marqués, lo que no evoluciona, lo que no tiene movimientos de dentro a fuera y de fuera a dentro, lo que no tiene lo que los físicos llaman ósmosis y endósmosis, se seca, degenera, y a lo último,

muere. Es lo que ha pasado con la Monarquía. Se notaba que se aislaba del ambiente, que se consumía, que se apagaba. ¿Cuándo? ¿En qué momento daría las últimas boqueadas? Esto, naturalmente, no se podía saber.

—Yo, la verdad, no lo sospechaba.

—Hay que legitimar la altura social por algo. A la Monarquía le ha pasado como a la aristocracia: no se legitimaba socialmente por nada. No sabían dar normas de humanidad, ni siquiera de elegancia. El monarca y el aristócrata cobraban sus rentas, las gastaban o las guardan y no daban nada en espíritu o en gracia o en formas a la colectividad. Se van... pues buen viaje”.

El diálogo es entre el médico Arizmendi, vasco, y el marqués de Carvajales, castellano y madrileño. El marqués empieza por sondear la opinión del médico con una pregunta amplia e imprecisa. En seguida, toca a lo medular: “¿Qué opina usted de la caída de la Monarquía y del triunfo de la República?”. El médico, después de parapetarse un instante en la expresión exclamativa: “¡Qué quiere usted que me parezcan!” (“estos acontecimientos” de la pregunta amplia e imprecisa de sondeo del marqués), dispara su batería de seis respuestas, que representan un proceso intelectual analítico de la situación política de España. Tal situación se refiere a “acontecimientos legitimados, ‘un proceso morboso’, carencia de ‘otra solución’, ‘la monarquía agonizante’, el rey muy torpe” y falta de “clarividencia para comprender su país y su época”. Las seis razones del médico son de tipo biológico (morboso, agonía), de tipo sociológico (monarquía, viejo régimen), de tipo histórico (su país y su época) y de tipo psicológico (rey muy torpe, (sin) clarividencia para comprender).

Todo lo que, ante el dubitativo: “¿Cree usted?” del marqués, el médico lo remacha con un categórico: “Me parece evidente”. Su interlocutor denuncia su desconcierto con su redondo: “No lo comprendo”. Respondido con la respuesta de cuna fisiológica: “En biología, querido marqués (...), lo que carece de “ósmosis y endósmosis se seca, degenera y, por último, muere”. Es decir, con una argumentación constituida de puros elementos profesionales acopiados en el hábito del ejercicio de la medicina. Respuesta cuya analogía se resume en la frase: “es lo que ha pasado con la Monarquía”, seguida de unas pocas palabras meramente explicativas, aunque necesarias.

Pero el marqués sigue fiel a su ceguera para los “acontecimientos legitimados” de que el médico hablara al comienzo de la charla. Pues afirma: “Yo, la verdad, no lo sospechaba”. A lo que se le responde con un argumento sociológico de primer orden: “Hay que legitimar la altura social por algo”. Referido esto a la monarquía, al monarca y a la aristocra-

cia españolas, para en que “no daban nada en espíritu o en gracia o en formas a la colectividad”. O sea, se habían transformado en tres modalidades parasitarias de la sociedad y de la sociabilidad peninsulares.

En el presente ejemplo de retrato mediante un diálogo, Pío Baroja expone a la consideración del lector a dos mentalidades de diversa y aun divergente receptividad para los sucesos multitudinarios de sus días. El matritense marqués de Carvajales, con sus “¿Cree usted?”, “No lo comprendo” y “Yo, la verdad, no lo sospechaba”, adhiere a la clase de hombres sordos e impermeables al ruido y a la trepidación históricas del momento. En cambio, el vasco médico Arizmendi, con sus razones surgidas de vertientes biológicas, históricas, sociológicas y psicológicas, para mejor hacerse entender, representa al tipo de individuo sensible y permeable a la intelección meditada de los aconteceres cotidianos de resonancia nacional. El marqués reacciona, a título pasivo, como un ser vegetativo más inserto en su casta nobiliaria, exenta de órganos perceptivos del rumbo de los acontecimientos. El médico se comporta según la conducta intelectual de quien tiene la costumbre de pesar el pro y sopesar el contra de la naturaleza y proyecciones de los hechos significativos producidos a su alrededor.

El rey Alfonso XIII

En la novela *Los visionarios*, por efectos de la verdad histórica y la verosimilitud poética, el rey Alfonso XIII es aludido o descrito a menudo con apreciaciones poco laudables. En las págs. 36-37, se dice de él:

—“Este (ejemplar decadente de la familia de los Habsburgos) era un pequeño Felipe II seco y melancólico, que quería pasar por hombre amable —añadió Roberto (hijo del marqués).

—Pero aquel rey comprendía a su país y a su tiempo, y éste no —repuso el doctor—. A veces no sabía ni ser atento. A un famoso novelista valenciano recién llegado de América lo iban a llevar a Palacio. El hombre era vanidoso e hinchado de su importancia, con ínfulas aristocráticas disimuladas, como todos los republicanos. Había comido en el Nuevo Club con unos personajes palatinos con la satisfacción de la plebeyez triunfante, y al día siguiente esperaba en el hotel a que le avisaran para ir a Palacio. El rey no se acordó de la cita, y el novelista, ofendido en lo más profundo de su espíritu burgués, se fue más republicano que nunca.

—¡Qué torpeza! —dijeron todos.

—En el fondo, a don Alfonso, como a un pequeño Calígula, le molestaban las superioridades. Le presentaron en casa del duque de Alba a un profesor de filosofía, y, ofendido de que hubiese una superioridad que no

fuese la suya, le dice: "Vamos, que se dedica usted al camelo". Es la plebeyez. Lo mismo hubiera dicho el dependiente de comercio. No puede aceptar que otro sepa lo que él no sabe.

—¿Usted no cree que el rey buscó a su manera la felicidad de España? —preguntó el duque.

—Sí, quizá Alfonso XIII aspiró a la simpatía y a la amistad de los españoles; pero probablemente no comprendió que para esto se necesitaba primero conocerlos y luego conocer al país. Se hizo de sus súbditos una idea falsa y amanerada, y cuando vio que no alcanzaba lo que quería, tomó una actitud mixta de despecho y de chulería.

—Eso es un error más que otra cosa —observó el duque. Es posible que él creyera de buena fe que, como monarca constitucional, debía llevar a la práctica esa consigna de que el rey reina y no gobierna.

—Eso es una farsa —dijo Roberto.

—En la práctica lo tiene que ser —aseguró el marqués—. Si no fuera así, entre los constitucionales no podría haber reyes buenos y malos.

—Yo, ciertamente —indicó el doctor—, no digo que el rey no quisiera que España tuviera fuerza e importancia, porque a todo el que está en un pedestal le conviene que éste sea fuerte; pero en él eso era un deseo nada más".

Ya se ve que en la conversación del marqués con el médico, también tercia el hijo del primero, Roberto, todavía adolescente, y un duque anónimo, desleído como la fenecida monarquía alfonsina. Para el adolescente, el rey de caído bello austríaco "era un pequeño Felipe II seco y melancólico", es decir, un monarca de bien disminuida realeza. Además, la inautenticidad de su persona resalta cuando "quería pasar por hombre amable", sin lograrlo, y "a veces no sabía ni ser atento", según afirma el médico. Lo que ilustra con dos anécdotas relativas a un olvido y a un desatino social del rey.

La primera se refiere a "un famoso novelista valenciano", "vanidoso e hinchado de su importancia (...) con la satisfacción de la plebeyez triunfante", cuyo nombre es nada menos que Vicente Blasco Ibáñez, respecto del cual "el rey no recordó la cita". La segunda anécdota concierne "a un profesor de filosofía que le presentaron en casa del duque de Alba", el que, para mayores señas, tiene por nombre José Ortega y Gasset. Estas dos altas individualidades de las letras y el pensamiento españoles, nada tiene de raro que Baroja las incorpore a un libro de la trilogía que escribe "impregnándolos lo más posible de la esencia del tiempo". Tampoco se callaba el escritor esos recuerdos cuando, concurriendo a sus tertulias vespertinas de calle Ruiz de Alarcón 12 quinto-izquierda, en Madrid, el autor de este ensayo, por los años 1952 a 1954, le mencionaba el tema de

La selva oscura. Pío Baroja hablaba con antipatía de Blasco Ibáñez; de Ortega y Gasset, gran amigo suyo, hablaba con simpatía.

Por su lado, el duque desleído de este coloquio interroga al médico situándose en un terreno simplemente hipotético:

—“¿Y usted no cree que el rey buscó a su manera la felicidad de España?”.

A esta pregunta por “la felicidad” a través de la acción política, que es una aspiración ilusoria y una trampa oratoria, el médico responde: “quizá Alfonso XIII aspiró a la simpatía y a la amistad de los españoles”, lo que podría ser alcanzado en medida bastante modesta. Mas, se atuvo a “una idea falsa y amanerada de sus súbditos”; la que lo condujo al fracaso en virtud del cual “tomó una actitud mixta de despecho y de chulería” respecto de la población y los problemas que debió afrontar su monarquía. Por esto, concluye el médico, la política de Alfonso XIII “no ha podido prolongar la agonía del viejo régimen”. Digamos, por nuestra parte, siguiendo la línea de pensamiento del interlocutor vasco de Baroja: la política es la función social que debería crear las condiciones para que las restantes funciones sociales se desarrollen de manera favorable al bienestar material, intelectual y moral de los habitantes de un determinado país.

El viaje a Andalucía

La novela que nos ocupa traslada a sus personajes y a su centro de gravedad temática al sur de la Península Ibérica. De las págs. 55 a 58, mediante atendibles supresiones, se obtiene esto:

“Creo que en Andalucía habrá en estos momentos algo curioso que ver —dijo Fermín a sus amigos Michel y Anita.

—¿Usted está libre por algún tiempo? —preguntó Michel.

—Una semana o algo más.

—Pues, vamos a Andalucía —indicó Michel—. Vamos en seguida.

Al día siguiente, el auto, con Michel, Anita y Fermín, marchaba camino de Sevilla, deslizándose por una magnífica carretera asfaltada (...).

Comieron en Talavera de la Reina. Al salir de aquí vieron Oropesa en un alto, con sus murallas, sus canastillos y sus torres amarillentas; luego, el puente de Almaraz sobre el Tajo, y poco después trasmontaron el puerto de Miravete con sus grandes perspectivas. Fermín quiso descubrir en las alturas un antiguo castillo, pero no lo vieron. Después habló del paso de las tropas de los mariscales Marmont y Víctor en la guerra de la Independencia por aquellos lugares. Antes de llegar a Trujillo, las rocas redondas de los alrededores llamaron la atención de Michel (...). Dejaron el auto y se

pasearon por la plaza. Vieron los palacios de los conquistadores y la tumba de Pizarro. Al anochecer estuvieron un par de horas en el cinematógrafo (...).

Después de dar un paseo volvieron a la fonda.

En el escritorio, Michel y Fermín se sentaron y oyeron una conversación curiosa. Se la contaron después a Anita y la celebraron mucho entre los tres.

Una señora explicaba a otra cómo el presidente del Gobierno republicano se había convertido a la masonería.

—Una mujer le ha visto en la iglesia uno de estos días oyendo misa con un libro en la mano —decía la señora—; se ha acercado a él y ha notado que lo que leía no era un devocionario, sino el libro de los masones. Entonces la mujer le ha dicho: “Señor presidente, a Dios no se le engaña”.

—Eso está muy bien inventado —dijo Fermín después—; se comprende que a la gente le guste más una versión así, que es falsa, pero bonita, que la verdad vulgar y prosaica que va manando de los centros políticos madrileños y corre por las columnas de los periódicos. El presidente en sus discursos es un orador brillante y un tanto vacuo; en cambio, en esta versión popular toma un relieve satánico.

—Es cierto —añadió Michel—. Ahora yo le preguntaría a esa señora: ¿Y cómo conoció la mujer en la iglesia que el libro que leía el presidente era un libro masónico?

—Eso no es necesario saber para creerlo. Usted es un racionalista empedernido.

Michel se echó a reír”.

Aquí los viajeros son el literato vasco-español Fermín Acha, burócrata de Madrid, el matrimonio de los vasco-franceses Michel Vidart, de Ascain, y Anita Olagaray, de Sara, quienes “se conocieron en un pueblo de California, donde se casaron”, según se narra al comienzo de la novela *El cabo de las tormentas*.

El fragmento de *Los visionarios* recientemente transcrito, es primero un paisajístico “camino de Sevilla” punteado de los nombres de los pueblos de Talavera de la Reina y Oropesa, el puente de Almaraz, el río Tajo y el puerto de Miravete, con la figura ausente de “un antiguo castillo” no visto. Todo ello complementado con la visión de “las rocas redondas de los alrededores de Trujillo” o berrocales de esa ciudad, donde “la gente era como la de cualquier otro pueblo, sin rasgo característico alguno”.

En seguida, el fragmento toma un cariz histórico con la mención de los mariscales franceses Marmont y Víctor, cuyas tropas anduvieron por esas tierras durante la invasión napoleónica (1808-1814).

Por último, el mismo fragmento, hecha una leve descripción urbana de

Trujillo y de nombrar a Pizarro, entra de lleno a la anécdota política que sirve para juzgar con sorna al régimen republicano y clavar una banderilla de ironía a la lucidez oratoria del presidente provisional don Manuel Azaña. La señora del cuento del libro masónico y su lectura sacrílega en la iglesia, corresponden a la imagen que del nuevo sistema de gobierno tenían las dueñas de casa dóciles a las sugerencias del clero. Los comentarios de Fermín y de Michel acerca de tal anécdota, contrastada con el racionalismo del vasco-francés, expresan la idea de personas laicas y cultas sobre la situación imperante en España.

Impresiones de Sevilla

Un viaje hacia Andalucía normalmente para en Sevilla si se sigue la ruta que Pío Baroja escoge para sus personajes. Por lo que:

“Al día siguiente, Anita, Fermín y Michel salieron de Trujillo y fueron a comer a Mérida.

Vieron el anfiteatro, que los sorprendió por lo grande y majestuoso.

—Esta gente tenía el sentimiento auténtico de lo colosal —dijo Fermín.

—Sí. Es imponente. Ahora, un pueblo como éste, si quisiera hacer algo, no podría construir más que una barraca de cine o de un mercado —afirmó Michel.

Se encaminaron a Sevilla y pasaron delante de Fuente de Cantos, la patria de Zurbarán.

—¿Este Zurbarán sería de ascendencia vasca? —preguntó Michel.

—Claro. El apellido es corriente en el país vasco. Se llamaba Zurbarán y Salazar, dos apellidos vascos.

Al caer la tarde entraban en Sevilla. El tipo de gente de la ciudad defraudó un tanto al matrimonio francés. Esperaban un ambiente más castizo, un aire más especial, menos internacionalista.

Michel recordaba haber estado en su juventud en España, hacía treinta años, en ciudades clásicas, en capitales de provincia, con gente muy entonada.

—¡Qué quiere usted! —dijo Fermín—. Los pueblos españoles se han proletarizado casi por completo y han perdido su aire aristocrático. Aquellas capitales de provincia que usted recuerda, con el paseo, con sus coroneles de uniforme, sus catedráticos y sus médicos de levita y sombrero de copa, pasaron a la historia.

—Y, sin embargo, en Francia se conserva más el aspecto tradicional.

—Sí, es cierto. Francia se defiende mejor. Nosotros nos entregamos a la moda de una manera ridícula”; págs. 65-66.

A Talavera, Oropesa y Trujillo, hitos geográficos de la marcha en

automóvil, se suman los nombres de Mérida y Fuente de Cantos. Siempre con los comentarios caracterizadores de los ambientes pueblerinos y de los habitantes que los merezcan. El anfiteatro romano da ocasión para evocar un pasado histórico fuerte y un presente débil: antes los conquistadores romanos de trabajos arquitectónicos formidables y ahora los emeritenses de dudosa capacidad sobresaliente para ello. La aldea donde naciera Zurbarán da lugar a remembranzas de sus antecesores vascos, lo que no podía escapar a la pasión gentilicia del hijo de Vera del Bidasoa.

“Al caer de la tarde estaban en Sevilla”, con esta frase Baroja instala en su meta viajera al matrimonio y a su amigo. El diálogo del francés con el español sobre lo que fueron y están siendo las capitales de provincias en España, introduce los efectos del paso del tiempo hecho historia, es decir, actuación humana en permanente impulso de variación, sea para bien, sea para mal. La resultante es cierta nostalgia tradicionalista opuesta a cierta suspicacia por lo internacionalista. Particularmente si después de evocar a figuras representativas en los paseos de antaño, Fermín Acha concluye con reciedumbre francamente ibérica: “Nosotros nos entregamos a la moda de una manera ridícula”, por contraposición a los hombres de allende los Pirineos, más fieles a sus tradiciones de lo que piensan los extranjeros.

Obreros cesantes y delegado regio

La obra barojiana de título *Los visionarios* abunda en noticias políticas y anécdotas sevillanas indicadas o aludidas con suma rapidez.

He aquí lo siguiente:

“Fermín y Michel hablaron con el encargado del hotel. Según éste, durante la revolución se habían hecho algunos destrozos en el pueblo.

Fermín y Michel no notaron apenas los destrozos. A la plaza de San Fernando le pusieron con pintura negra el título de plaza del Primero de Mayo. A varias otras les cambiaron el nombre, y a la lápida de una calle titulada de Alfonso le rompieron el letrero de un martillazo.

De todo, lo más estropeado parecía un monumento levantado en la plaza del Triunfo, delante del Alcázar. Faltaba en el pedestal la cabeza de una figura y las coronas de varios escudos.

El monumento no era ninguna obra de arte ni mucho menos, y no se había perdido gran cosa (...).

Volvieron al hotel. En las inmediaciones del Ayuntamiento, en la plaza de este nombre y en la de San Fernando, se veían grupos de obreros sin trabajo.

Fermín preguntó a uno de ellos:

—¿Qué esperan ustedes aquí?

—Esperamos que el Ayuntamiento nos dé trabajo.

—En dónde, ¿en el campo?

—En el campo o en la ciudad.

—¿No hay entre ustedes comunistas?

—No, señor, no los hay.

—Así que no quieren ustedes más que trabajo.

—Eso es, trabajo y pan, que no digan que somos unos vagos (...).

Fermin charlaba con el mozo del comedor del hotel que les servía la mesa. El mozo contaba historias y anécdotas de gente de la ciudad.

Un suceso con un delegado regio de la Exposición de Sevilla (1928) durante la dictadura, le hizo gracia. El delegado era amigo del arzobispo, un navarro bastante austero y serio. El delegado se quejaba de que tenía mucho calor en el edificio del Gobierno civil durante el verano. El arzobispo le ofreció una casa de campo del obispado, a orillas del río. Unas semanas después el arzobispo quiso hablar con el delegado y le llamó por teléfono. Se puso el mayordomo del delegado al teléfono y dijo:

—En este momento el señor delegado no puede comunicar, porque está con su señora.

El arzobispo sabía que el delegado, soltero o viudo, no tenía mujer. Inmediatamente preguntó, se enteró y supo que el señor delegado había convertido la casa de campo del arzobispado en un harén"; págs. 66-67 y 75-76.

A juicio del encargado del hotel, la revolución republicana produjo destrozos en Sevilla. Los viajeros español y francés descubren que se trata de cosas menores. En particular, de averías a un "monumento (que) no era ninguna obra de arte". Así, en el reino de los objetos ornamentales e inanimados de la ciudad, el paso de la monarquía a la república había resultado poco oneroso en el orden estético. En la órbita de lo humano, lo más llamativo para los forasteros fue el grupo de obreros que esperaban trabajo, ya en el campo, ya en el pueblo, a fin de que "no digan que somos unos vagos". Ninguno de ellos oficia de comunista. Al drama existencial de los que necesitan ganarse el pan, sucede la humorada del delegado regio de los días de Primo de Rivera. En verdad, los poetas árabes ya habían cantado la propensión al amor que despiertan las orillas veraniegas del Guadalquivir. Claro que eso se relacionaba con emires de gusto exquisito y con esclavas rubias y de ojos azules, traídas generalmente del Cantábrico. No con delegados regios de lascivia un tanto abusadora con la hospitalidad arzobispal y amical.

En consecuencia, en la esfera de los objetos ornamentales el espectáculo de Sevilla es cosa de andar y mirar por las calles; en la esfera de lo

humano, impresiona el desamparo de “los que viven por sus manos”, esperando que les den ocupación para éstas; en la esfera de lo que unos u otros denominan delicias de las debilidades de la carne, no podía faltar en Sevilla un remoto descendiente de don Juan Tenorio, tesorero de los florecimientos de amores y amoríos de tierras andaluzas.

Un sirviente aristocrático

En las págs. 77 a 79 de *Los visionarios*, a las escenas de paisaje urbano acabadas de describir, las contrapesan el retrato de un sirviente del hotel y acontecimientos multitudinarios de la capital hispalense. Por ejemplo:

“El mozo del hotel que les servía la mesa era un hombre muy listo, un tipo alto, cenceño, distinguido, moreno, ya un poco cano. Llevaba el frac con una gran elegancia.

Tenía facilidad de movimientos extraordinaria. Al mismo tiempo hablaba y servía la mesa, todo con soltura y gracia sorprendentes. Traía los platos y los llevaba, ponía un cubierto a tiempo, descorchaba una botella, contestaba a una pregunta sonriendo. Era un aristócrata y un prestidigitador; un verdadero artista.

—¿Qué pasó aquí el día siguiente al cambio de gobierno? —le preguntó Fermín—; unos dicen que mucho, que hubo varios muertos y heridos; otros dicen que no pasó nada.

—Hubo jaleo, no crea usted —dijo el mozo. El 14 de mes pasado se celebró aquí una manifestación. Los obreros asaltaron el Gobierno civil y obligaron a la Junta Revolucionaria a que pusiera en libertad a un comunista y a tres anarquistas. Este día se vieron muchas banderas rojas en la calle y los manifestantes obligaban a los que pasaban a descubrirse ante su bandera (...).

—¿Y estos señoritos tan pinchos?

—Esos estaban escondidos. Por la tarde del día 15 se celebró un mitin convocado por los sindicalistas. En ese mitin, según se ha dicho, un coronel de seguridad quiso rebatir lo que decía un orador, y con esto se armó el gran escándalo.

—Era una imprudencia.

—Completa. El coronel dio la orden de avanzar a la guardia de a pie y de a caballo, un cordón de soldados rodeó al pueblo reunido aquí en la plaza de San Fernando, y, como sucede siempre en estos barullos, alguien disparó un tiro y se generalizó el fuego. Los guardias hicieron varias descargas, los obreros contestaron y se armó una gran tremolina.

—¿Aquí lo notarían ustedes?

—¡Figúrese usted! En el hotel hubo un pánico que ya, ya. La gente creía que iban a entrar a saquearlo.

—¿Y los señoritos?

—Los señoritos seguían escondidos. Los obreros, que quizá tenían algo preparado, se dividieron en grupos y abandonaron la plaza de San Fernando por distintas calles. Al paso de dos armerías las asaltaron y se apoderaron de escopetas y pistolas. Más de tres horas se mantuvo la lucha en las calles de Sevilla”.

Por su chispa intelectual, el mozo del hotel hispalense era “un hombre listo”; por su presencia física: “distinguido, moreno, ya un poco cano”; por la finura de sus modales: “llevaba el frac con gran elegancia”; por su agilidad corporal tenía “facilidad de movimientos extraordinaria”; por su manera de laborar hacía “todo con soltura y gracia sorprendentes” y por su modo de atender a los clientes: “contestaba a una pregunta sonriendo”; en suma, era “un aristócrata, un verdadero artista”. A este sujeto despejado, atento y cordial, encomienda Baroja el papel de narrador perito en los acontecimientos de los días 14 y 15 de abril de 1931 en Sevilla.

En seguida, viene el paso de lo individual a lo colectivo:

—“¿Qué pasó aquí?

—Hubo jaleo, no crea usted —dijo el mozo”.

El primer día, entre otros sucesos, “los obreros atacaron la Gobernación civil”, o sea, practicaron un acto de violencia multitudinaria; luego pusieron “en libertad a un comunista y a tres anarquistas”, es decir, realizaron un acto de solidaridad partidaria en términos de rebelión de masas, y “se vieron muchas banderas rojas en la calle”, esto es, que hubo exhibición pública de afiliaciones ideológicas.

—“¿Y estos señoritos tan pinchos?

—Esos estaban escondidos”.

Lo cual viene a revelar que los jovencuelos de familias linajudas y adineradas, bastante medrosos de los desplantes de las muchedumbres populares, metían en casa sus desplantes de horas tranquilas.

En la tarde del segundo día de disturbios obreros, “se celebró un mitin convocado por los sindicalistas”, es decir, por organizaciones laborales preocupadas de los asuntos de salarios y condiciones de trabajo, cuya convocatoria era escuchada con disciplinada obediencia; “un coronel de seguridad quiso rebatir lo que decía un orador”, o sea, que un descrierido de uniforme se dio a remar contra la corriente psicológica de hombres exaltados por la magia de la palabra en público, y “con esto se armó el gran escándalo”. A lo que el mozo de hotel acota con madurez de juicio y sabia experiencia: “y como sucede siempre en estos barullos, alguien disparó un tiro y se generalizó el fuego”. En resumen, se desencadenó la incontrollada e incontrollable reacción de los grupos numerosos con su alma colectiva enardecida por el sonido de los disparos. Para responder a las descar-

gas de los guardias, los obreros no se quedaron chicos y “se armó una gran tremolina”. A consecuencias de ella, los huéspedes del hotel tuvieron el pánico de que se les asaltara. Porque la reiterada mención de la plaza de San Fernando indica que los acontecimientos eran muy cercanos y céntricos. Asimismo, porque los obreros habían asaltado un par de armerías, proveyéndose de escopetas y pistolas. Sin embargo, nada de lo temido ocurrió, pues ellos se limitaron a responder al ataque del cuerpo de seguridad. Esto es, si practicaban la defensa propia, no tenían ánimo depredador, como sucedió con la mayoría de las manifestaciones masivas del tránsito de la Monarquía a la República.

—“¿Y los señoritos?”

—Los señoritos seguían escondidos”.

Después de los hechos resultantes del “jaleo”, del “escándalo”, del “barullo” y de la “tremolina”, la pregunta y respuesta últimas, por la vía de su opinión respecto de un sector social sevillano, Pío Baroja subraya la individualidad de su narrador mediante la emisión de un juicio propio:

“Aquí el rico, el señorito, es muy orgulloso y muy déspota...; yo creo que si cediera algo, quizá se pudiera arreglar todo”.

De donde resulta que el “hombre listo” o mozo de hotel, ve con claridad que la solución de los problemas sociales se encamina a buen término a través de oportunas concesiones. Sin embargo, los orgullosos y los déspotas extremados no opinan de esa manera.

En el curso de la novela *Los visionarios* abundan hombres y mujeres de ideas de tosudez o de flexibilidad hacia el prójimo o hacia las situaciones conflictivas. Y se llega al final de la obra persuadido de que la materia prima humana española ni es mejor ni es peor que la gente de otra nación. Si sus conductores orientan las cosas con sentido constructivo, resultará lo mejor; si lo hacen con sentido destructivo, resultará lo peor. Por lo demás, el libro *Los visionarios* se ubica entre las ciudades de Sevilla y Córdoba, registrando aspectos lo mismo permanentes que transitorios de la relación entre el capital y el trabajo en Andalucía, pero principalmente de la convivencia de las familias y las personas en sus quehaceres cotidianos. Sin ánimo de demostrar una tesis sino de mostrar una realidad multifacética importante, como ocurrió con las instituciones y los hombres de 1931 en España.

Sierra Morena y Córdoba

Ha pasado un año de lo anterior y adviene un segundo viaje a la región de Andalucía, dirigiéndose Anita, Michel y Fermín a la ciudad de Córdoba. En las págs. 234-236 y 237 de la misma novela se lee:

“Después de comer, Michel pensó que lo mejor sería dar una vuelta por la Sierra. Anita prefería quedarse en el hotel con su amiga pintora.

—¿Le avisamos al señor que ha estado aquí? —preguntó Fermín.

—Sí, ¿por qué no? Si quiere usted.

Se le avisó y don Rafael vino en seguida. El automóvil tomó hacia Sierra Morena, subió a las alturas y se detuvo en medio del campo (...).

Paró Michel, y dos pastores se acercaron. Uno era un hombre flaco, aguileño, de color de cobre; el otro, gordo y sanchopancesco. Iban acompañados de un mastín blanco.

—Qué, ¿se os ha estropeado a ustedes el cacharro? —preguntó el flaco a Fermín.

No, el cacharro está bien. Vamos a echar un vistazo a estos campos.

—¿No sois ustedes de aquí? —interrogó el más grueso.

—Este señor es de aquí, el otro es francés, yo soy vascongado.

—¡Ah, ya!

—¿Vienen ustedes de lejos?

—Sí, de bastante lejos, por las cañas.

—¿Y qué se dice por ahí entre los pastores? —preguntó Fermín.

—Qué quíe usted que se diga.

—¿Están contentos con la República?

—Los que chupan de ella, mucho; los otros, ná —contestó el flaco irónicamente.

El grueso se echó a reír.

—¿Hay comunistas entre los pastores?

—De todo hay, como en botica.

—Esta gente también está agriada —dijo Fermín a Michel en vasco.

—¿Para qué vamos a ir más lejos? —preguntó don Rafael.

Volvieron.

—¿Quieren ustedes que veamos la finca de un bilbaíno al bajar a Córdoba? Tiene una hermosa vista sobre la ciudad —indicó el señor Benomar (don Rafael).

Se acercaron a Córdoba, tomaron un camino lateral y subieron luego una cuesta, para llegar a la Huerta de los Arcos. Se abarcaba desde ella la ciudad con su aire romano y los meandros del río en la campiña.

Michel habló de la depresión del Guadalquivir. Don Rafael mostró a lo lejos la sierra de Cabra; más atrás, los montes de Priego, y vagamente, Sierra Nevada.

—El anochecer mostraba la magia del crepúsculo andaluz. El cielo se llenaba de nubes de color de rosa. Michel llevó el auto despacio. Pasaba el cabrero atezado, con su sombrero ancho y sus cabras; algunas reatas de

mulos de cola larga y de burros con una albarda iban despacio, y el arriero marchaba montado en las ancas”.

Michel Vidart, el vasco-francés; Fermín Acha, el vasco-español, y don Rafael Benomar, el caballero cordobés, forman el trío de paseantes en automóvil de la ciudad a la sierra. En ésta sobresale el encuentro con los dos pastores andaluces: el uno, flaco y quijotesco; el otro, gordo y sancho-pansesco.

—“¿No sois ustés de aquí? —interroga el más grueso.

—Este señor es de aquí, el otro es francés, yo soy vascongado”.

La identidad de las personas queda establecida y satisfecha la curiosidad del pastor. A su vez, el viajero Fermín Acha hace una pregunta amplia y vaga. Se le responde con otra orientada a la necesidad de precisar la intención del interrogador. Pues la mente de su interlocutor está habituada a las concreciones de lo visible y lo tangible de su mundo rural y rebañego. Acha corrige la puntería de su propósito y dispara al blanco central de su interés:

—“¿Están contentos (los pastores) con la República?

—Los que chupan de ella, mucho; los otros, ná —contesta el más flaco irónicamente.

El grueso se echó a reír”.

La averiguación del funcionario madrileño saca a flote la ironía afilada del pastor flaco y a ella le hace sonoro eco la risa del pastor gordo. Por lo que Fermín Acha recibe una respuesta venida de un par de estilos psicológicos diferentes en el modo, pero convergentes en su sentido. Para ellos, la realidad política republicana se resume en que unos “chupan” y otros no chupan “ná”, y el contento o descontento se homologa con las respectivas situaciones. Las cuales se presentan con harta semejanza en la órbita de las cosas por partir, compartir y repartir anejas al ejercicio del poder.

—“¿Hay comunistas entre los pastores? —preguntó Fermín.

—De todo hay, como en botica”.

La contestación del dialogante irónico no se resuelve en un categórico “sí” o “no”. Toma el sendero de la generalización que da cabida a ambas posibilidades, dándole concreción lugareña al decir “como en botica”.

Al diálogo sigue un comentario. El que Fermín hace a Michel “en vasco”, es decir, en un aparte que descarta a don Rafael Benomar y a los pastores de su sentido declarativo. Mas, sí involucrando al gremio de pastores entero: “esta gente” también está “ya agriada”. Las primeras palabras entrecomilladas aluden a la colectividad de personas y las segundas, al estado de ánimo nacido entre ellas desde el breve tiempo de instauración de la República.

Los paseantes regresan a Córdoba desde la Sierra. Don Rafael los

conduce a la Huerta de los Arcos, propiedad de un bilbaíno. Desde ahí avizoran la ciudad, sierras y montes a lo lejos y la depresión del Guadalquivir, subrayando cada uno lo más grato a su sensibilidad para el paisaje. Y, en efecto, la contemplación de éste reemplaza a la preocupación de Fermín por la política.

Por último, la cita tomada de *Los visionarios* repara en que “El anoecer mostraba la magia del crepúsculo andaluz”, con las “nubes color de rosa”, “el cabrero atezado”, “los mulos de cola larga”, los “burros con albarda” y “el arriero (...) en las ancas”, aproximan lo celestial a lo terrenal, contrapesando la imagen de la ancha geografía con los menesteres de cabreros y arrieros cordobeses de tamaño menor. La escena es de un manifiesto sesgo virgiliano, cuya evocación afianza el que el escritor haya hablado de “la ciudad con su aire romano”, sin describirla. Pero dando muy bien la impresión de lo lugareño en Córdoba.

Discusión política de casino

En las páginas de la novela antes indicadas, se encuentra también este texto:

“Don Rafael (en un círculo social) les presentó a unos señores, dos de ellos propietarios, otro profesor del Instituto y otro militar. Alguno de estos señores, que antes del cambio de gobierno eran monárquicos y conservadores, se transformaron, como mariposas al salir de la crisálida, en republicanos radicales no radicales. A pesar de su nueva etiqueta, un poco aparatosa, eran muy reaccionarios. El profesor se lamentaba de la estridencia de la revolución.

—Yo no encuentro esta revolución nada estridente, sino todo lo contrario —dijo Fermín—; me parece una cosa comedia, modestita y un poco mediocre.

—Eso es un síntoma de civilización —observó el militar.

—No sé si es civilización o debilidad —replicó Fermín—; pero me inclino más a creer esto último.

—Es que la ley de defensa de la República apaga los impulsos bélicos de los protestantes —dijo el profesor.

—Sí, quizá los apague demasiado.

—¿Pero cómo puede usted decir eso? Si esto arde —exclamó uno de los propietarios.

—Qué quiere usted, a mí me parece que no arde lo suficiente.

—Don Fermín es un revolucionario —observó don Rafael.

El militar explicó los proyectos de los monárquicos y cómo Alfonso XIII iba a reconocer como rey al infante don Carlos y cómo después de

éste heredaría el trono otra vez Alfonso XIII, que abdicaría en su hijo don Juan.

—Todo eso me parece de una puerilidad y de un desconocimiento del país absoluto —dijo Fermín—. Eso tendría algún valor en tiempo de Calomarde. Hoy no tiene valor ninguno”.

Este segmento de *Los visionarios* representa la actitud del literato Fermín Acha ante lo que es el gobierno republicano. Parecidamente muestra al sector tan conocido de personas que suben al carro de la victoria política, sin ruborizarse por haber militado en el vehículo dejado atrás. Acerca de esto anota Baroja: “A pesar de su nueva etiqueta —republicanos radicales no radicales—, un poco aparatosa, eran muy reaccionarios”: el militar, el profesor y los propietarios. La inautenticidad de su reciente postura se encapsula en la expresión contradictorio-burlesca “republicanos radicales no radicales”. Suma y compendio del oportunismo no poco frecuente en ese campo de actividad humana, practicado por clientes y dirigentes de ella.

A continuación, Acha refuta “la estridencia de la revolución” que se lamenta: “me parece una cosa comedida, modestita y un poco mediocre”. Los adjetivos “comedida” y “mediocre” con sus modificativos no son ningún elogio y “modestita”, con su terminación diminutiva, subraya la escasa estimación para la “cosa” de que se habla. O sea, la revolución republicana, a la cual Fermín ve en la disyuntiva de “civilización o debilidad”, inclinándose “más a creer esto último”. Y la debilidad en el gobierno de los pueblos es el sendero más seguro para estropearles su aspiración a la civilización. Pues la energía inteligente es una de las condiciones necesarias para asegurar un cambio de régimen político.

Para el profesor: “la ley de defensa de la República apaga los impulsos” de quienes protestan.

—“Sí, quizá los apague demasiado”, dice Fermín y “Si esto arde —exclamó uno de los propietarios—. Nos pone el autor ante un par de visiones antagónicas de un mismo fenómeno social. La dinámica del talento choca con la estática del dinero invertido en propiedades. Se subentienden de bienes raíces y si de tierras la tendencia estática se acrecienta.

Para el intelectual de espíritu analítico, el asunto para en un firme: “a mí me parece que no arde lo suficiente”. Lo que es un engallarse muy decidido frente a un precedente. —“¿Pero cómo puede usted decir eso?”, de tono no menos perentorio.

Los proyectos de los monárquicos para recuperarle el trono a Alfonso XIII, los sume Fermín Acha bajo esta hojarasca de la historia: “Eso tendría algún valor en tiempo de Calomarde. Hoy no tiene valor ninguno”.

¿Qué tiempo era aquél? El de los años 1808 o comienzos de la guerra de la Independencia, en que don Francisco Tadeo Calomarde marchó a Cádiz, donde se oponía a toda reforma política del proyecto de la Constitución de 1812. Así como de los años del decenio de 1823 a 1833, lapso en el que don Francisco Tadeo fue partidario acérrimo de la monarquía absoluta de Fernando VII y, ubicado en tareas gubernativas preeminentes, apoyaba al Conde de España en sus sangrientas represiones de Barcelona del año 1827. En suma, Calomarde era el campeón de la reacción antiliberal de su época, ya a un siglo de la instauración de la República de que Pío Baroja hace un examen espectral de primer orden en *Los visionarios*.

CONCLUSIÓN

Este ensayo de comentario y análisis de textos de novelas de Pío Baroja, el más destacado prosista de la generación literaria española de 1898, se concreta a cinco de ellas: *El escuadrón del Brigante* (1913), *Con la pluma y con el sable* (1915); *La nave de los locos* (1925) —a ratos digna émula del *Elogio de la estulticia*, de Erasmo de Rotterdam—, *Zalacaín el aventurero* (1909) y *Los visionarios* (1932). Por ser lo que pretende, comentario y análisis a la vera del lector atento, el presente trabajo se apoya en citas relativas a descripciones de lugares o parajes y a retratos de lugareños o gente de condición humilde, pero con sus excepciones muy justificadas.

El hecho de que estos libros pertenezcan principalmente a la serie *Memorias de un hombre de acción* y a la trilogía *La selva oscura*, obedece al propósito de tener en cuenta, hablando en términos aristotélicos, la correspondencia feliz de lo particular histórico y lo universal poético en ellos. Pues articulan con acierto el acontecer documental y la fantasía creadora de una imagen fidedigna del pretérito y del presente de la tierra y los habitantes de la Península Ibérica en dos etapas críticas de su convivencia nacional. O sea, la invasión napoleónica y la guerra carlista más la caída de la monarquía y el advenimiento de la República.

Las aludidas citas de trozos barojianos no apuntan a juzgar el conjunto de cada obra de las mencionadas, sino a mostrar ejemplos concretos de su convincente soltura expresiva en la narración, la descripción y el diálogo que ahí aparecen. Pues, la vigencia perdurable de Pío Baroja en las letras españolas reside en la pincelada rápida, la exposición condensada, el juicio agudo y la llana transparencia de su estilo, que los fragmentos escogidos ilustran de manera persuasiva. Si las novelas antedichas se leen completas y con la mente alerta, se comprueba cómo la amenidad de forma y la perspicacia de visión de la realidad de las cosas y de las gentes

peninsulares, hoy resulta más perceptible y apreciable en esas obras que ayer. Más todavía, sin perjuicio de lo que *El escuadrón del Brigante*, *Con la pluma y con el sable*, *La nave de los locos*, *Zalacaín el aventurero* y *Los visionarios*, tienen de ejemplaridad, la copiosa producción novelesca de Pío Baroja abunda en libros de semejante buena calidad respecto de los temas referentes a España y los españoles. Algo similar puede decirse de su producción dedicada a Europa y los europeos.

Cualesquiera de los comentarios o análisis precedentes cabría haberlos hecho más extensos y profundos. Pero la intención predominante ha sido que las citas ilustrativas más bien lo sean, en atención de que el propósito del ensayo materia de esta conclusión, es fomentar y propugnar tanto la lectura como la relectura meditadas de la labor de la más descollante figura de la literatura narrativa de la generación de 1898 y también de cuanto va corrido del siglo xx en las bellas letras de España. Los comentarios y análisis de que fragmentos suyos han sido objeto, nada quieren tener de exhaustivo, pero sí mucho de incitativo a la ponderación selectiva de la obra de Pío Baroja. No por el elogio tachonado de adjetivos, sino por la demostración demostrativa mediante sus propios textos, de la valía duradera e imperecedera de los hitos capitales de su extensa e intensa producción de novelista.

BIBLIOGRAFÍA

1. BAROJA, PÍO
 - a) *Zalacaín el aventurero*. Planeta. Barcelona, 1961; 268 págs.
 - b) *El escuadrón del Brigante*. Caro Raggio, Madrid, 1913; 303 págs.
 - c) *Con la pluma y con el sable*. Caro Raggio, 1921; 313 págs.
 - d) *Las figuras de cera*. Caro Raggio, 1924; 290 págs.
 - e) *La nave de los locos*. Caro Raggio, 1925; 395 págs.
 - f) *Las mascaradas sangrientas*. Caro Raggio, 1928; 336 págs.
 - g) *La familia de Errotacho*. Espasa-Calpe, Madrid, 1932; 262 págs.
 - h) *El cabo de las tormentas*. Ídem. 300 págs.
 - i) *Los visionarios*. Ídem. 315 págs.
 - j) *Aviraneta o la vida de un conspirador*. (Biografía) Espasa-Calpe, 1931; 328 págs.
 - k) *Páginas escogidas*. Calleja, Madrid, 1918; 496 págs.
2. CASSOU, JEAN: *Panorama de la littérature espagnole contemporaine*. Paris, Kra, 1929; 195 págs.
3. REID, JOHN T.: *Modern Spain and Liberalism. A study in literary contrasts*. Stanford University Press, California, 1937; 236 págs.